

[Portada delante]

**EL CAMINO AL CIELO**  
**La senda de la santidad**

W. Ralph Thompson

[Portada atrás]

El camino al cielo  
La senda de la santidad  
W. Ralph Thompson

El Dr. Thompson escribe con la mente de un erudito y el corazón de un peregrino. Obtuvo su doctorado en el Seminario Teológico Northern Baptist y su vida ha sido enriquecida por una amplia gama de servicios como pastor, misionero, padre de familia, abuelo y maestro de la Biblia en escuelas como la Universidad Spring Arbor y la Universidad Taylor. Cuando era un joven estudiante trabajó secularmente para poder costearse una educación universitaria. De profesor universitario fue conocido no sólo por su conocimiento bíblico sino también por su disposición a arrodillarse con los estudiantes que buscaban expresiones frescas de la gracia de Dios en sus vidas.

El título “El camino al cielo” fue cuidadosamente escogido y destaca que no se trata de un acercamiento estático a la doctrina, sino que busca ser una guía para quienes se han embarcado en la emocionante aventura de seguir a Cristo dondequiera que Él los guíe. De inicio a fin está repleto de citas bíblicas.

Es un texto confiable sobre santidad, en parte porque sus ideas han sido extraídas de la propia experiencia del autor.

W. Dale Cryderman  
Obispo Emérito

El camino al cielo  
La senda hacia la santidad

W. Ralph Thompson

“Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero que acaban por ser caminos de muerte.”

Proverbios 14:12

Imprenta Light and Life  
Indianápolis, IN 42653-5002

Este libro lo dedico con amor a Claribel, mi fiel esposa, quien por cincuenta y seis años me ha ayudado a recorrer el camino al cielo.

Derechos reservados

Sin el permiso expreso escrito del publicista, ninguna parte de este libro puede reproducirse en forma alguna, salvo para breves citas en comentarios.

Impreso en los Estados Unidos de América  
Por la Imprenta Light and Life  
Indianápolis, Indiana 46214

Copyright © 1992  
W. Ralph Thompson  
ISBN  
0-89367-177-0

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia Nueva Versión Internacional, NVI, Copyright © 1973, 1978, de la Sociedad Bíblica Internacional, con el permiso de la Casa Publicadora Zondervan. Derechos reservados.

Las citas de la Versión Estándar Revisada (REV) se usan con el permiso del Concilio Nacional de Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América.

Los versículos donde se indica (LBV) se tomaron de La Biblia Viviente © 1971 y se usan con el permiso de la Casa Publicadora Tyndale, Inc., ubicada en Wheaton, Illinois, 60189. Derechos reservados.

Los demás versículos fueron tomados de la versión Reina Valera (RV) y de la Versión Estándar Americana (VEA).

## **CONTENIDO**

Prólogo

Prefacio

Capítulo 1. El ser humano que Dios creó

Capítulo 2. La caída del ser humano

Capítulo 3. La provisión de Dios para la redención del ser humano

Capítulo 4. Pasos para el nuevo nacimiento

Capítulo 5. El nuevo nacimiento: Sus beneficios

Capítulo 6. El nuevo nacimiento: Sus deficiencias

Capítulo 7. El bautismo del Espíritu Santo

Capítulo 8. Cómo experimentar el bautismo del Espíritu Santo

Capítulo 9. Resultados del bautismo del Espíritu Santo

Capítulo 10. Lo que el bautismo del Espíritu Santo no hace

Capítulo 11. Los dones del Espíritu

Capítulo 12. El crecimiento cristiano

Capítulo 13. La perfección final

Apéndice A

Apéndice B

Notas

## PRÓLOGO

Mis mejores amigos siempre han sido los libros. Nuestra amistad, que inició a mis seis años cuando mis padres me regalaron el libro titulado “La vida de William Carey”, perdura hasta el día de hoy. A excepción de un breve e “interminable” período de incomodidad causado por una cirugía de catarata, creo que he leído al menos un libro por semana durante casi cuarenta años. Este libro es un texto obligatorio de ayuda que ha escrito uno de mis mejores y más admirados amigos.

El Dr. Ralph Thompson y yo hemos sido amigos por más de cuarenta años, y ahora que estamos pensionados, somos vecinos. En ocasiones nos vemos en el jardín y compartimos sobre intereses mutuos: familia, Biblia, doctrina cristiana, vida en la iglesia y jardinería. De vez en cuando he tenido que lidiar con el horrible pecado de la codicia cuando lo veo que sin esfuerzo alguno trabaja la tierra de su jardín con uno de los mejores motocultores fabricados—una incursión poco común y no característica del materialismo que puedo perdonarle, siempre y cuando vuelva a ofrecerme voluntariamente labrar mi propio humilde jardín.

El Dr. Thompson escribe con la mente de un erudito y el corazón de un peregrino. Obtuvo su doctorado en el Seminario Teológico Northern Baptist y su vida ha sido enriquecida por una amplia gama de servicios como pastor, misionero, padre de familia, abuelo y maestro de Biblia en escuelas como la Universidad Spring Arbor y la Universidad Taylor. Cuando era un joven estudiante trabajó secularmente para poder costearse una educación universitaria. De profesor universitario fue conocido no sólo por su conocimiento bíblico sino también por su disposición a arrodillarse con los estudiantes que buscaban expresiones frescas de la gracia de Dios en sus vidas.

El título “El camino al cielo” fue cuidadosamente escogido y destaca que no se trata de un acercamiento estático a la doctrina, sino que busca ser una guía para quienes se han embarcado en la emocionante aventura de seguir a Cristo dondequiera que Él los guíe. De inicio a fin está repleto de citas bíblicas. Eso me agrada. Aunque soy un ferviente admirador de John Wesley, es refrescante leer un libro sobre la santidad que no cite a Wesley ni a otros que con diligencia han estudiado la doctrina para delegárnosla. No hay nada más fuerte ni más claro que la frase “así ha dicho el Señor”.

Mientras el Dr. Thompson trabajaba en este libro, me permitió leerlo. Como todo verdadero erudito cristiano, me invitó a dar opiniones y críticas. Fue un placer ver cómo las ideas del libro fueron tomando forma, y fue un honor aún mayor poder apadrinarlo. Es un texto confiable sobre santidad, en parte porque sus ideas han sido extraídas de la propia experiencia del autor.

W. Dale Cryderman

## **PREFACIO**

Muchos desean ir al cielo pero pocos encuentran el camino que los lleve allí (Mt. 7:14). Esto es irónico porque Dios se tomó muchas molestias para preparar un atlas del camino (la Biblia) que aclara muy bien cómo llegar. Aunque casi todos tienen una Biblia, pareciera que son pocos los que realmente la leen. Y de los que lo hacen, muchos la leen en forma poco sistemática de manera que no logran comprender muchas de sus enseñanzas vitales. Mi propósito al preparar este pequeño libro es reunir en una forma concisa y ordenada las direcciones que Dios da para llegar a la ciudad eterna.

Este estudio nació de un curso sobre santidad bíblica que impartí en una escuela dominical. Por tanto, está dividido en trece capítulos. Como cada capítulo contiene más material del que se puede abarcar en un período de clase, les sugiero a los maestros que para abarcarlo utilicen dos cuatrimestres en vez de uno.

Los predicadores encontrarán útil este libro para preparar sermones sobre una vida cristiana más profunda.

Los profesores de religión en escuelas, seminarios y universidades querrán hacer de este texto una lectura obligatoria para sus clases de doctrina cristiana.

Pero el mayor valor lo descubrirán aquellos que leen el libro a conciencia y en oración con la Biblia y el corazón abiertos—aquellos que anhelan vivir una vida cristiana victoriosa y eficaz y hacer del cielo su morada eterna.

En los apéndices al final de este libro hallarán respuestas a muchas preguntas que este tipo de estudio genera.

W. Ralph Thompson

## CAPÍTULO 1

### EL SER HUMANO QUE DIOS HIZO

Para comprender qué es el camino al cielo, debemos empezar estudiando la alta posición que Dios espera para el ser humano que Él creó.

#### I. El ser humano es la mayor de las creaciones de Dios

Esta verdad parece obvia, pero se basa en varias cosas que la Biblia dice del ser humano. Veamos primero lo siguiente.

##### A. Comparaciones entre ángeles y seres humanos

1. Hebreos 1:14 afirma que todos los ángeles “están dedicados al servicio divino” y a ayudar a los creyentes. Es de notar que la afirmación incluye a “todos” los ángeles.

2. Salmos 8:5 declara que Dios hizo al ser humano “poco menos que un dios”, pero sólo en algunas traducciones se dice de esa forma. Otras traducciones del texto hebreo dicen literalmente: “Lo hiciste un poco menor que *Elohim*”. *Elohim* es el nombre usual para Dios y rara vez se traduce de otra manera. Y si leemos Salmos 8:5 en su contexto, la afirmación del salmista es una exclamación de asombro.

3. En Salmos 82:6, Asaf exclama: “Yo les he dicho, «Ustedes son dioses; todos ustedes son hijos del Altísimo».” Jesús lo señala sin restarle nada al concepto de Asaf sobre la dignidad del ser humano (Jn. 10:34-36).

4. En Hebreos 2:5 leemos: “Dios no puso bajo el dominio de los ángeles el mundo venidero del que estamos hablando.” Lo sometió a Cristo, que vino a la tierra para llevar a muchos hijos (seres humanos) a la gloria (v. 10).

En esta misma línea, el apóstol Pablo afirma que “juzgaremos a los ángeles” (1Co. 6:3). Y Jesús le promete “al que salga vencedor”: “Le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono” (Ap. 3:21). De los ángeles no se dice nada parecido.<sup>1</sup>

5. En 2 Pedro 2:11 se nos dice que los ángeles son más fuertes y poderosos que el ser humano, pero no llega a decir que son mayores.

6. Hebreos 2:9 dice que cuando Jesús se hizo hombre, fue hecho un poco inferior a los ángeles. Pero en vista de las citas anteriores, y de acuerdo con sus contextos, queda claro que el escritor está hablando de la condición caída y temporal del ser humano, en la cual la muerte es normal. Jesús fue hecho inferior a los ángeles (hecho mortal) para que “*padeciera* la muerte” por cada ser humano.

El Hijo de Dios se hizo hombre para poder pagar la pena de nuestros pecados y restaurarnos a la comunión con Dios. Este hecho revela la alta posición que tiene el ser humano a los ojos de Dios. Dios no preparó nada para restaurar a los ángeles que cayeron. A ellos “los tiene perpetuamente encarcelados en oscuridad para el juicio del gran Día” (Jud. 6).

##### B. El ser humano fue creado de último

Dios no ha revelado cuándo hizo a los ángeles, pero parece ser que fue mucho antes de crear al ser humano.<sup>2</sup> Es probable que Satanás y sus ángeles vivieran en el cielo por algún tiempo antes de su caída. Que ellos cayeron antes de la caída del hombre es algo certero, porque fue Satanás quien tentó a Eva a pecar.

El respaldo más fuerte para creer que el hombre fue la obra que culminó la creación de Dios se encuentra en Génesis 1:26-27.

##### C. Dios hizo al ser humano a Su propia imagen

La imagen de Dios en el ser humano no significa que éste sea un duplicado perfecto del Creador. ¡Dista mucho de eso! Dios es infinito; el hombre finito. Sólo puede haber un

Infinito (ilimitado). Cristo es la imagen absoluta de Dios; pero es porque Él es Dios (Jn. 1:1; Col. 1:15; Heb. 1:3). El hombre fue hecho *relativamente* igual a Dios.

1. La imagen natural de Dios en el ser humano

a. Al igual que Dios, el ser humano tiene una existencia que jamás terminará

Los diablos, los ángeles celestiales y las personas comparten esa característica. Pero sólo Dios es eterno, porque Él no tiene un inicio. Siempre ha sido y siempre será (Sal. 90:2). El ser humano tuvo un inicio, pero jamás dejará de existir (Mt. 25:31-36).

b. Al igual que Dios, el ser humano tiene libertad para escoger (libre albedrío, auto-determinación)

Ningún ser humano le sirve a Dios contra su voluntad; y ningún ser humano puede ser obligado a servir a Satanás. Es libre para escoger el cielo como su eterna morada, o para seguir el camino ancho hacia la condenación eterna. Los niños y quienes mueren sin llegar al conocimiento de su responsabilidad ante Dios se salvan, porque Dios no les puede culpar (Jn. 9:41; Ro. 5:18). Todas las personas son miembros de Su reino hasta que se rebelan conscientemente contra Dios (Mt. 19:14, 18:3; Ro. 7:9).

c. Al igual que Dios, el ser humano se auto-realiza

El ser humano tiene realmente la capacidad de detenerse y “verse a sí mismo”, de tomar conciencia que es distinto de otras personas y cosas. Los animales no tienen esa capacidad. Un perro, por ejemplo, es consciente, pero no autoconsciente. Es consciente de un gato, pero no puede decir: “Soy un perro y eso es un gato.”

d. Al igual que Dios, el ser humano tiene inteligencia

La inteligencia y la capacidad de razonar es otro rasgo de la imagen natural de Dios en el ser humano.

Algunas personas le dan demasiada importancia a la inteligencia de los animales. Pero éstos se rigen principalmente por el instinto y otros sentidos. Cualquier inteligencia que posean es tan inferior a la del ser humano que ambas no se pueden comparar. Si nuestro hermanito menor llegara a exhibir el mismo nivel de inteligencia del simio más inteligente, uno se sentiría apenado.

e. Al igual que Dios, el ser humano es creativo

La capacidad de crear que tiene el hombre es asombrosa. Sea en el área de la ciencia, el arte y la literatura, o simplemente por su capacidad de resolver los problemas que enfrenta cada día, el ser humano revela que, al igual que Dios, es capaz de crear.

f. Al igual que Dios, el ser humano puede apreciar lo que es hermoso

Nadie ha visto jamás a un caballo hambriento alejarse del pesebre para disfrutar de un hermoso atardecer. Cuando un bulldog que solía yo tener de niño olisqueaba la brisa, mi hermanita a veces decía: “Jack está oliendo las rosas”. La nariz sensible de Jack estaba simplemente atrapando algún mensaje del aire que nuestras narices no podían detectar. Nuestro perro jamás aulló cuando tocábamos la armónica porque le gustara la música. Lo hizo porque probablemente el sonido de nuestras armónicas le lastimaba sus sensibles oídos.

De todas las criaturas de la tierra, se cree que sólo el ser humano tiene capacidad de apreciar lo que es hermoso.

g. Al igual que Dios, el ser humano tiene dominio

Dios le dio al ser humano dominio sobre las criaturas que Él hizo para habitar la tierra (Gn. 1:26; Sal. 8:6-8, 115:16).

2. Pero el ser humano también fue creado a la imagen moral de Dios

Dios le dio al ser humano conciencia, una facultad que permite juzgar las acciones y determinar si son correctas o erradas. Desde la Caída, la conciencia suele dar señales incorrectas. Para guiar en forma segura, la conciencia debe ser educada conforme a la Palabra de Dios.

El rasgo principal de la imagen moral de Dios es nuestra capacidad de ser santos. El primer hombre fue tan santo como los ángeles del cielo. No había en él ninguna tendencia al pecado ya fuera de pensamiento, deseo, palabra u obra. Siempre hizo la voluntad de Dios perfecta. El amor, el gozo, la paz, la paciencia, la bondad, la benignidad—cada faceta del fruto del Espíritu—se reflejaron constantemente en él. Caminó cada día en perfecta comunión con Dios.

Al no tener pecado, la imagen natural de Dios en el hombre no era débil. No había lapsos mentales ni fallas, ni falta de apreciación por lo hermoso. No había aburrimiento ni torpeza en su inventiva. Toda su naturaleza era una copia de su Hacedor.

Pero cuando pecó, perdió la santidad y toda su naturaleza se pervirtió. Se volvió carnal. Esta condición carnal la transmitió a sus descendientes. Sólo Jesús, que fue concebido por el Espíritu Santo, ha sido la excepción.<sup>3</sup>

## II. Por qué Dios hizo al ser humano

La Biblia nos dice claramente por qué Dios hizo al ser humano.

En Colosenses 1:16, el apóstol Pablo afirma que todas las cosas fueron hechas por Cristo.

Isaías 43:7 declara que el hombre fue hecho para la gloria de Dios.

Apocalipsis 4:11 (RV) nos dice que fuimos creados para el deleite de Dios.

Efesios 2:10 menciona que fuimos creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras.

Un producto muy técnico que se hace para realizar una función específica, se crea para ese único fin. Intentar darle otro uso es muy frustrante y puede ser peligroso. El hombre fue hecho para Dios—para Su comunión, Su deleite y Su gloria. A menos que el hombre se entregue a ese propósito, su vida será frustrante, vacía y sin sentido.<sup>4</sup> Pero hay gran gozo, realización y eterno deleite en servir al propósito para el cual fue creado.

## CAPÍTULO 2

### LA CAÍDA DEL SER HUMANO

La caída del ser humano refiere al tiempo cuando, por causa del pecado, dejó de tener comunión con Dios. Eso ocurrió en la época de los primeros ancestros del hombre, antes de que tuvieran descendencia.

Primero, analicemos lo siguiente.

A. Por qué hizo Dios posible que el ser humano pecara

Dios hizo al ser humano santo, pero con la capacidad de desobedecer. Si no le hubiera dado esa capacidad, el ser humano no hubiera sido libre. Habría servido a Dios sólo porque no habría podido hacer lo contrario. No hubiera sido un ser humano sino un robot. Dios no desea ese tipo de servicio. Quiere que quienes lo sirvan, lo hagan por su propia escogencia. Desea comunión, no un servicio forzado y a regañadientes.

Pareciera que incluso los ángeles fueron hechos con voluntad propia (la capacidad de escoger libremente). La Biblia apunta a que un tercio de ellos se rebeló contra el Hacedor y como resultado, fueron expulsados del cielo. Se convirtieron en el diablo y sus ángeles (demonios).

Aunque Dios hizo posible que el ser humano pecara, eliminó las posibilidades de que lo hiciera. Sólo permitió una limitación: no debía tocar ni comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal.

Supongamos que había cien árboles llenos de fruto en el huerto del Edén y sólo uno estaba vedado al hombre. Eso significa que las probabilidades eran 99 contra 1 de que no pecaría—apenas una mera posibilidad para proteger la libertad humana de escoger.

Pero al ser tentado, el ser humano cayó.

¿Por qué le permite Dios al ser humano ser tentado a pecar?

Con tantas probabilidades en contra de la posibilidad de pecar, Dios permitió que Adán y a Eva fueran tentados para que su decisión se fundamentara en un sólido acto de la voluntad—una decisión tomada después de haber recibido fuertes incentivos para hacer lo contrario.

Es igual hoy día. Dios se agrada cuando lo servimos porque así lo deseamos, incluso cuando surgen fuertes incentivos para hacer lo contrario.

Nuestros primeros padres fallaron cuando vino la prueba. Debemos aprender de su trágico error y ser fieles, sean cuales sean las probabilidades.

B. La Caída

La historia de la Caída se encuentra en el tercer capítulo de Génesis.

Satanás odiaba a Dios. Como no estaba al nivel del Altísimo, ideó lastimarlo robándole la comunión y fidelidad de Su mayor creación.

Aparentemente, Satanás esperó a que Adán estuviera en otra parte del huerto para así seducir a Eva cuando Adán no estuviera a su lado para reforzar la fidelidad a Dios. Supuso correctamente que una vez que tuviera a Eva, ella sería una aliada poderosa para persuadir en su momento a Adán.

Las mentiras de Satanás engañaron a Eva, pero no a Adán (1Ti. 2:14). La lucha que Adán sostuvo pareciera que fue entre perder a su esposa si le era fiel a Dios, o mantenerla si lo desobedecía. Y escogió seguir con su esposa.

El pecado de Adán fue deliberado. Si tan sólo hubiera previsto todo el dolor que su pecado generaría, sin duda hubiera optado por seguirle siendo fiel al Hacedor.

C. Los resultados de la Caída

El pecado de Adán le acarreó tragedia a él, a sus descendientes y a toda la naturaleza. Es más, le destrozó el corazón a Dios.

1. El ser humano se apartó de la comunión con Dios.

Dos personas no pueden caminar juntas sin antes ponerse de acuerdo (Am. 3:3). Dios es luz. No se puede caminar a Su lado si se está en oscuridad espiritual (1Jn. 1:5-6). Apartarse de Dios es dejar pasar el propósito para el cual el ser humano fue creado.

2. El ser humano murió

Dios les advirtió a Adán y a Eva que les sobrevendría la muerte (Gn. 2:17). Su muerte espiritual fue inmediata. Su muerte física empezó ese mismo día y los acechó cada vez más hasta que, años después, sus cuerpos retornaron al polvo del cual habían sido formados.

3. La inocencia del ser humano desapareció

Se llenaron de vergüenza, apenados por sus pensamientos y sentimientos contaminados delante del santo Dios, y por la inconstancia de su espíritu que había cedido al engaño del demonio.

Tomaron una perversa conciencia de la desnudez de sus cuerpos, especialmente de las diferencias entre sus sexos. Por tanto cosieron hojas de higo para hacerse vestimentas.

4. Tuvieron miedo de Dios

Por haber caído en el pecado, fueron poseídos por un miedo horrendo hacia Dios. Temieron Su juicio. Cuando oyeron Su voz esa tarde al llegar la hora de su acostumbrada reunión con Él, se escondieron entre los arbustos. El pecado siempre termina en el temor de tener que rendirle cuentas a Dios.

5. La tierra fue maldita por su causa

La tierra dejó de producir la rica vegetación que habían conocido. Empezaron a crecer en abundancia malezas nocivas. En consecuencia, tuvieron que trabajar arduamente para ganarse la vida.<sup>1</sup> Pestes y plagas empezaron a atacar y destruir los frutos y granos comestibles. Empezaron a experimentar enfermedad y accidentes paralizantes.

6. Las mujeres empezaron a padecer dolor y sufrimiento en el parto

Las mujeres empezaron a desear relaciones íntimas con sus esposos, pero dar a luz pasó a ser con dolor, y sus esposos impusieron su voluntad sobre ellas (Gn. 3:16).

7. La naturaleza humana se contaminó

Las transgresiones de Adán y Eva contaminaron su propia naturaleza. Esa naturaleza caída la heredaron a sus descendientes (Gn. 5:3; Sal. 51:5; Ef. 2:3). Antes de la Caída, el ser humano era santo con la posibilidad de pecar. Luego de la Caída, dejó de ser santo con la imposibilidad de no pecar (Ro. 7:9). Pero por la fe en Cristo, quien llevó sobre Sí el castigo del pecado del ser humano, éste ahora puede vivir en victoria por encima del pecado (Ro. 8:1-4), aunque corre el peligro de caer de nuevo (1Co. 10:12). En el cielo, los santos son santos e incapaces de pecar.<sup>2</sup>

8. El destino de la serpiente fue arrastrarse en el polvo y ser derrotada por la Simiente de la mujer (Gn. 3:15).

Ya que la serpiente permitió que Satanás la usara como instrumento para tentar a Eva, Dios la destinó a arrastrarse en el polvo del suelo. Es más, puso enemistad entre ella y la humanidad.

La serpiente representa simbólicamente a Satanás. Un hijo le nacería a la mujer (la Virgen María) que aplastaría la cabeza de Satanás, aunque Satanás haría que el hijo sufriera. Esto tuvo su momento intenso cuando Jesús fue crucificado.

9. El hombre fue expulsado del huerto

Adán y Eva fueron expulsados del huerto del Edén para evitar que comieran del árbol de la vida y vivieran para siempre (Gn. 3:22-24). Desde la Caída, el árbol de la vida es sólo para los redimidos por la fe en la muerte expiatoria de Cristo y le sean fieles hasta la muerte. En el cielo, el árbol de la vida crecerá en ambos lados del río de la vida, y llevará fruto por la eternidad (Ap. 22:2).

#### D. Lo que la Caída no destruyó

Aunque la Caída destruyó mucho de lo que era bueno e introdujo una avalancha de maldad sobre la raza humana, hay varias cosas importantes que no arruinó.

##### 1. La Caída no destruyó el amor de Dios por el ser humano

Cuando el ser humano, por causa del pecado, se apartó de su Hacedor, el corazón de Dios se rompió, pero no dejó de amarlo. La extensión de ese amor se ve en el sacrificio que Dios hizo para redimirlo: “Porque tanto amó de Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Lo que hizo más espectacular ese amor de Dios por el hombre es que mandó a Su Hijo a morir por nosotros cuando aún éramos Sus enemigos (Ro. 5:10) y estábamos en abierta rebelión contra Él. Semejante amor está más allá de nuestra capacidad de comprensión.

En la Palabra de Dios hay indicios de que ese amor por los que los desprecian llegará en algún momento a su fin: todos Sus enemigos irán al infierno (Sal. 9:17; Ap. 20:15).

##### 2. La Caída no destruyó el propósito de Dios al crear al ser humano

“Todo ha sido creado por medio de él y para él” (Col. 1:16).

“Trae a todo el que sea llamado por mi nombre, al que yo he creado para mi gloria...” (Isa. 43:7).

“Toda obra del Señor tiene un propósito; ¡hasta el malvado fue hecho para el día del desastre!” (Pr. 16:4).

Jeremías 18 narra de cuando Dios envió al profeta a la casa del alfarero. Allí el profeta vio que el alfarero trabajaba con barro que se resistía a ser moldeado, lo cual provocó que la vasija que tenía en las manos se rompiera. Pero el alfarero recogió los pedazos rotos y los moldeó en otra vasija de valor. Dios le mostró al Jeremías que Él era capaz de hacer lo mismo con Israel. Pero esto aplica a los hombres de todos los tiempos. Su primer plan se vio arruinado por el pecado; pero por medio de Cristo ideó un plan mediante el cual el ser humano caído sería restaurado a la comunión con su Hacedor. Así se realizaría el propósito eterno de Dios para el ser humano—es decir, para los que aceptarían Su salvación. Bajo este nuevo plan, el hombre le sirve a Dios en medio de probabilidades mayores que las que había en el plan original. En consecuencia, los que le son fieles a Dios le dan mayor gloria que la que le habrían dado si el ser humano no hubiera pecado jamás.

##### 3. Se borró la imagen moral de Dios en el ser humano

Aunque la imagen natural de Dios en el ser humano no se destruyó, Su imagen moral sí. El ser humano perdió su santidad. Su conciencia se distorsionó al punto de dejar de ser una guía infalible. Pero aunque debilitada, la imagen natural de Dios en el ser humano quedó intacta.

En la regeneración, se renueva la imagen moral de Dios en nosotros, pero el pecado heredado de Adán permanece hasta que el creyente sea santificado por completo. No obstante, la santidad crece gracias al ministerio continuo del Espíritu Santo y a la obediencia del ser humano (Col. 3:10; 2Co. 3:18). El crecimiento de la imagen de Dios ocurre tanto antes como después de la santificación total, pero no debe confundirse con la experiencia regeneradora o santificadora. Así como un pecador progresa hacia la salvación pero no crece en la experiencia de la regeneración (el nuevo nacimiento), igualmente una

persona nacida de nuevo puede crecer a la imagen de Cristo pero no en la experiencia de la santificación total. Ambas cosas, el nuevo nacimiento y la santificación total (el bautismo del Espíritu Santo) son acciones radicales de Dios que ocurren repentinamente en el corazón del creyente por medio de la fe. Más adelante presentaré evidencia de esta afirmación.

### **CAPÍTULO 3**

## **LA PROVISIÓN DE DIOS PARA LA REDENCIÓN DEL SER HUMANO**

Dios no hizo provisión para restaurar a los ángeles caídos pero sí pagó un alto precio para redimir al ser humano.

#### **A. Por qué Dios restauró al ser humano**

1. Si Dios no hubiera hecho provisión para restaurar al ser humano, Su propósito eterno al crearlo se hubiera truncado. Dios había planeado desde la eternidad crear a un ser a Su imagen con quien pudiera tener una comunión eterna.

Esa comunión inicia en esta vida (1Jn 1:6-7).

Algunos aspectos de esa comunión son tan grandiosos que asombran la mente (p. ej., Ap. 3:21).

La mayoría de los pecadores se empecina en seguir en pecado y se pierde. Pero los que se entregan a Dios y aceptan Su salvación, conforman una multitud tan vasta que ningún ser humano la puede enumerar (Ap. 7:9). El plan eterno de Dios se cumplirá para quienes acepten voluntariamente Su don de salvación. Dios también se glorificará al juzgar con justicia a quienes rechacen y desprecien Sus misericordias.

#### **2. Debido al gran amor de Dios por el ser humano**

Dios ama en una manera que sólo Él sabe hacerlo, con amor ilimitado. Pero no sólo Su amor es ilimitado; también lo es Su justicia; y no podía violar Su justicia para satisfacer Su amor. Ambas cosas debían cumplirse para salvar al ser humano. Esto implicó un problema de tales proporciones que sólo Dios era capaz de resolver. Y lo hizo cargando en Sí mismo los pecados de la humanidad en la persona de Su eterno Hijo, Jesucristo (Is. 53:5, Ro. 3:21-26). Una vez satisfecha la justicia, pudo Dios perdonar a los pecadores penitentes, restaurándolos a la comunión con Él.

Pero para que Dios pueda tener comunión con el ser humano, éste debe ser libre, igual que Dios. Dios no fuerza a ninguna persona a aceptar Su gran salvación. Uno imaginaría que cualquiera en su sano juicio la aceptaría gustosamente. Pero tan pervertidas están las mentes de los seres humanos a causa del pecado que la mayoría considera que la salvación es insignificante. Rechazar semejante regalo, que fue comprado con tanto cariño, es el pecado capital. Jesús mostró que la incredulidad es la base de todos los demás pecados. Es el pecado que el Espíritu Santo le revela al pecador que realmente ha despertado—la mentira, el asesinato, el robo, el perjurio, la fornicación ni ningún otro acto de los seres humanos es lo que está mal. El pecado capital es rechazar al eterno Hijo de Dios, que dio Su vida en rescate para salvar a los pecadores (Jn. 16:9).

#### **B. La provisión que hizo Dios**

Una pregunta que viene a la mente es la siguiente: Si la intención de Dios era redimir al ser humano, ¿por qué esperó tanto después de la Caída para enviar a Su Hijo a la tierra?

La primera respuesta a esta pregunta es que Dios proveyó redención no por obligación sino por misericordia. Dios hubiera seguido siendo justo aún si hubiera dejado al hombre sin esperanza para que sufriera las consecuencias eternas de su rebelión. No podemos decir: “Eso refiere a Adán y a Eva, pero no a sus inocentes descendientes”. El hecho es que nadie es inocente, pues todos hemos pecado contra Dios al igual que lo hicieron nuestros primeros padres, y lo hemos hecho voluntariamente así como lo hicieron ellos. Dios no le debe misericordia al ser humano; la salvación es totalmente por gracia (Ef. 2:8).

Pero Dios no dejó a nuestros ancestros sin misericordia.

### 1. La provisión temporal

Aunque Dios esperó mucho para enviar a Cristo, en Su incomprendible sabiduría lo envió en el momento correcto (Is. 55:8-9; Gá. 4:4). Y para los que vivieron antes de su llegada, Dios ofreció una provisión temporal. Para Adán y Eva, probablemente fue la sangre de animales (Gn. 3:21). También les enseñó muchas cosas sobre los sacrificios y la adoración, porque vemos que sus hijos y las siguientes generaciones ofrecieron sacrificios a Dios (Gn. 4:3-4; 5:22; 8:20; Job 1:5; etc.).

Pero las ofrendas y sacrificios del Antiguo Testamento no tenían mérito en sí mismos, porque “es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados” (Heb. 10:4). Su valor era puramente simbólico, y apuntaba hacia el Cordero de Dios que habría de venir y quitar el pecado del mundo. Él es y siempre ha sido el único medio de salvación (Hch. 4:12).

Dios planeó desde la eternidad ofrecer a Su Hijo para salvar al mundo (Ap. 13:8). Pero antes de que Cristo viniera, los que obedecieron a Dios mostraron, por medio de su obediencia, que si hubieran sabido de Cristo, lo habrían aceptado. Aunque no sabían que estaban siendo salvados por medio de Cristo, Dios sí lo sabía y les dio redención a crédito. Pero el precio de sus pecados fue pagado en el Calvario. Si Cristo no hubiera venido, ningún pecador se habría salvado jamás.

En Romanos 1:18-20 y 2:14-16, Pablo menciona la posibilidad de que los paganos podían ser salvos por sólo la revelación de Dios en la naturaleza. Pero los que llegaron a Él por esa vía, aunque no estaban conscientes de ello, igualmente llegaron por medio de Cristo. Dios vio que eran obedientes a Él y sabía que si hubieran sabido de Cristo lo habrían aceptado; así que los acepto por medio de Cristo.<sup>1</sup>

### 2. La provisión misma

La expiación que Dios proveyó para el hombre va más allá de lo que las palabras puedan describir. Se dice que John Milton escribió elocuentemente sobre la Encarnación; pero luego de intentar escribir sobre la Redención, se desanimó y expresó: “Este tema, que estaba más allá de los años que tenía el autor cuando escribió sobre él y no habiendo quedado satisfecho con lo redactado, quedó inconcluso.”<sup>2</sup>

Uno percibe un destello de su grandeza cuando escucha el Mesías de Händel. El corazón se acelera al leer el relato de Juan sobre Aquel que, aunque fue muerto, cabalga triunfante delante de las huestes del cielo, Rey de reyes y Señor de señores (Ap. 19). En esos momentos uno desea postrarse sobre el rostro para siempre en embelesada adoración delante de Aquel que murió para que todos puedan vivir. Quedarse de pie ante la presencia de tal Majestad parece una profanación.

¿Quién puede poner en palabras el significado eterno de la redención? ¿Quién puede expresar el amor de Dios por la humanidad? ¿Quién puede dibujar el dolor del Creador cuando Su más elevada creación se rebeló contra Él? ¿Quién puede comprender la angustia que experimentó cuando permitió que Su único Hijo sufriera vergüenza y muerte?

Lo que Dios hizo se plasma mejor en las simples palabras del apóstol Juan: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Eso lo dice todo. Expresa la necesidad: el hombre perdió la vida eterna. Expresa la motivación: el amor de Dios. Expresa el límite: el mundo. Expresa el costo: la vida de Su único Hijo. Expresa la transacción: la vida de Su Hijo por la de los pecadores. Expresa la condición: creer en Él. Expresa la característica perpetua: la vida eterna.

Repito: el pecado original es rechazar este regalo (Jn. 16:9). No debe asombrarnos que la ira de Dios arda intensamente contra la incredulidad. Por otro lado, se está reuniendo una multitud tan grande que nadie puede enumerar, para adorar eternamente a Aquel que está sentado en el trono y al Cordero, por Su amor y misericordia al otorgar salvación eterna (Ap. 7:9).

## **CAPÍTULO 4**

### **LOS PASOS PARA EL NUEVO NACIMIENTO**

Dios ofreció un medio para restaurar la comunión entre Él y el ser humano. Pero se necesitan varios pasos antes que esto sea real en la vida de un pecador. Dios mismo definió las condiciones.

#### **A. El pecador debe despertar**

El pecado es un opiáceo. Embota la sensibilidad de manera que el pecador no está realmente consciente de su perdición y sus oscuras consecuencias.

El Espíritu Santo toma la iniciativa de despertar al pecador. Jesús dijo: “Y cuando él [el Espíritu Santo] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Jn. 16:8 RV). Y añadió: “En cuanto al pecado, porque no creen en mí” (v. 9). Rechazar la provisión que Dios hizo por medio de Cristo, muestra desprecio hacia el amor de Dios. Es estimar que la sangre que Jesús derramó a tan alto precio no tiene tanta importancia como para ocuparse en ella. Es considerar que la propia alma eterna, creada a imagen de Dios, no tiene valor. Es pensar que la influencia propia sobre la familia y los vecinos es algo de poca consecuencia como para necesitar preocuparse por ello. Es robarle a Dios Su posesión por derecho—Él creó al hombre, lo sustentó y lo redimió. Desde todo punto de vista, el rechazo (incredulidad) es el peor de los pecados, la mayor de las locuras.

A menos que el Espíritu Santo despierte al pecador y lo haga ver su perdición, éste jamás será salvado. El Espíritu Santo viene a despertar a los pecadores.

También convence al pecador de justicia (Jn. 16:10). Las multitudes clamaron: “¡Crucifiquenlo!” Apodaron a Jesús de criminal, digno de muerte; pero el Espíritu Santo despierta al pecador para que comprenda que Jesús era justo. Dios lo respaldó levantándolo de entre los muertos.

El Espíritu también hace que el pecador tome conciencia de que no es justo delante de Dios, y que Dios desea hacerlo justo.

Jesús dice que el Espíritu despierta (convence) al pecador de juicio; que está perdido y que va rumbo a la condenación eterna (“de juicio”). Como resultado, el pecador clama a Dios para que tenga misericordia de su alma perdida.

#### **B. Dios debe atraer al pecador a Él**

Jesús dijo que ningún hombre puede llegar a Él a menos que el Padre lo traiga (Jn. 6:44). En amor, Dios hace eso por el pecador que ha despertado.

El Todopoderoso podría atraer con tal fuerza al pecador haciéndole imposible resistirse; pero Él no obliga a nadie. Dios atrae con urgencia, con ruego y repetidamente, pero no lo hace para siempre. Muchos pecadores, por un falso orgullo o un miedo irracional que Satanás magnifica ante sus ojos, han dejado de responder y sus oídos se han cansado de escuchar, de manera que han sido arrullados de nuevo en el sueño de la muerte.

#### **C. El pecador debe arrepentirse**

Debemos hacer la distinción entre corrección y arrepentimiento. La corrección es un intento de parte del pecador por reordenar su vida o sus actitudes. Muchos creen que ganarán el cielo si corrigen su conducta. Pero eso es confiar en buenas obras y esto es totalmente insuficiente. La justificación sólo es posible por medio de la fe (Jn. 3:16; Ro. 5:1; Gá. 2:16, 3:6,11; Ef. 2:8; Heb. 10:38).

El arrepentimiento es un cambio radical de postura, un cambio de mente, un alejarse de todo lo que es pecado y volverse hacia Dios.

El arrepentimiento no es posible en nuestras propias fuerzas; Dios nos da la capacidad de arrepentirnos (Hch. 5:31; 11:18). Sin embargo, el pecador es responsable de utilizar esa capacidad.

Dios nunca salva a alguien que no se arrepiente (Lc. 13:3,5). Por eso el ministerio de Juan el Bautista, que vino a prepararle el camino al Salvador, fue un ministerio de arrepentimiento. Jesús mismo inició Su ministerio con un llamado al arrepentimiento (Mt. 4:17). Pedro y Pablo también afirmaron que el arrepentimiento es básico para la salvación (Hch. 2:38, 17:30).

Pedir perdón sin alejarse de los pecados es tan ilógico como si le dijéramos a otra persona: “Perdóname” mientras le asestamos repetidos puñetazos a la nariz.

Con todo, ¡son pocas las veces que los sermones modernos hacen un llamado al arrepentimiento! Creer sin arrepentirse no es creer para salvación. Es creer sólo con la mente, pero no tiene más efectividad que la manera en que Satanás cree. El diablo tiene bien clara la doctrina, pero eso no lo salva (Stg. 2:19-20).

D. El pecador debe confesarle sus pecados a Dios

“Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad” (1Jn. 1:9). “Quien encubre su pecado jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón” (Pr. 28:13).

El pecador que se arrepiente no sólo debe confesarle sus pecados a Dios, sino que debe admitir que está perdido eternamente y no tiene esperanza, a menos que Dios tenga de él misericordia y lo salve. Un pecador que en verdad ha despertado percibe que no tiene ningún mérito en absoluto delante de Dios. No tiene nada con qué negociar. Es un total pordiosero.

Jesús contó la historia de dos hombres que oraban al mismo tiempo en el templo. Uno era un fariseo, el otro un cobrador de impuestos. El fariseo oró a Dios diciendo de sí mismo cuán bueno era, mientras que el cobrador de impuestos clamó desesperado que Dios tuviera misericordia de él por ser pecador. Al respecto, Jesús expresó: “Os digo que este [el cobrador de impuestos] descendió a su casa justificado antes que el otro” (Lc. 18:14 RV). Augustus M. Toplady lo expresa correctamente de esta manera:

*En mi mano valor no traigo,  
Simplente a tu cruz me aferro.*

Dios les recuerda a los que buscan sinceramente misericordia que no sólo han pecado contra Él, sino que han pecado contra los demás. Deben buscar perdón de ellos también. En algunos casos quizás deban devolver propiedades que hayan robado, o disculparse por actitudes equivocadas o palabras ofensivas. En una ocasión que Jesús hablaba del perdón, dijo: “Si presentas una ofrenda en el altar...y...recuerdas que alguien tiene algo contra ti...anda y reconcílate con esa persona” (Mt 5:21-24, LBV).

Debemos tener también un espíritu de perdón hacia los que nos han ofendido: “Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro padre celestial; pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mt. 6:14-15, RV).

E. El pecador debe creer

“Con el corazón se cree para justicia” (Ro. 10:10 RV).

La palabra “corazón” se utiliza en la Escritura para representar la totalidad de la persona. El acto de creer inicia en la mente, pero a menos que incluya creer con el corazón, la persona no se salva.

La fe que salva se ilustra en la historia de un acróbata que intentaba cruzar las Cataratas del Niágara sobre la cuerda floja. La multitud estaba eufórica. Poco después de alcanzar la orilla, el acróbata tomó el mango de una carretilla y le preguntó a uno de los admiradores que más gritaba: “¿Cree usted que pueda yo llevar esta carretilla por encima de las cataratas?”

“¡Claro que puede!”, fue la respuesta

“De acuerdo. Entonces, métase usted adentro”, le dijo.

Crear con el corazón hace que nos metamos dentro de la carretilla; es confiar tan implícitamente en Jesús que lo seguiremos sin importar a dónde nos conduzca y sin importar lo que nos pida.

En realidad Dios nunca nos pedirá algo que no sea bueno. Si tenemos un concepto correcto de Él, no tendremos miedo: Él es todopoderoso, todo sabio, todo amoroso. Satanás trata de impedir que él el Señor (Dueño) de nuestras vidas. Para nosotros, estar en el centro de la voluntad de Dios es el lugar más seguro de la tierra.

“¡Alaben la misericordia de Jehová y sus maravillas para con los hijos de los hombres!” (Sal. 107:8, 15, 21,31 RV).

## **CAPÍTULO 5**

### **EL NUEVO NACIMIENTO: SUS BENEFICIOS**

El “nuevo nacimiento” es un término que refiere a la regeneración espiritual que Dios pone a disposición de todos por medio de Cristo.

El nacimiento físico es terrenal; el nuevo nacimiento es celestial (Jn. 3:12). Sucede cuando un pecador se arrepiente, confiesa y cree con el corazón en el Señor Jesucristo. En el nacimiento físico, uno es hijo del hombre y la mujer que lo concibieron. En el nuevo nacimiento uno ingresa a la familia Dios por ser concebido por el Espíritu Santo (Jn. 3:6).

El que nace de nuevo es “una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo...” (2Co. 5:17-18).

La Biblia utiliza también otros términos para hablar del nuevo nacimiento. Entre los más destacados están: “perdón”, “indulto”, “justificación”, “redención” y “salvación”. Cada término expresa una faceta especial de esa maravillosa experiencia. Analizaremos esos términos más adelante en este capítulo.

Ninguna persona finita puede describir plenamente todos los beneficios que recibe cuando nace de nuevo. Lo siguiente es un intento de comprender algunos de ellos.

#### **A. El creyente tiene paz con Dios**

Un pecador es un rebelde que pelea contra la autoridad de Dios en su vida. Pelear contra el Todopoderoso es una batalla perdida y produce constante frustración. Cuando el pecador se rinde al Hacedor y se une a sus tropas, experimenta gran paz (Ro. 5:1).

#### **B. La persona tiene la paz de Dios**

El recién convertido no sólo experimenta paz con Dios, sino que Dios le imparte tal sentido de Su propia paz que comprenderlo sólo es posible si se experimenta. De hecho, es una paz que va más allá de todo entendimiento (Fil. 4:7).

#### **C. La persona es justificada**

En una corte legal, la justificación se alcanza en una de tres formas:

1. Uno es justificado si puede demostrar que no es culpable del crimen o crímenes que se le imputan. Pero ningún ser humano puede ser justificado delante de Dios “por cuanto todos hemos pecado” contra Él y merecemos la condenación eterna (Ro. 3:23). No sólo hemos pecado contra Dios, sino que lo hemos hecho repetidamente desde nuestra niñez.

2. Uno es justificado si se puede demostrar claramente que el acto o los actos de los que está siendo acusado fueron realizados involuntariamente; o si fueron en defensa propia o en defensa de otra persona. El pecador no puede ser absuelto por ninguno de estos motivos, porque cada uno de nosotros es culpable de romper desafiadamente las leyes conocidas de Dios cuando sabía muy bien que cada ley que rompía había sido establecida por Dios para su propio beneficio.

3. Ocasionalmente, las personas han sido justificadas cuando otros han sufrido la pena por ellos.<sup>1</sup>

Esto último aplica para los que son culpables delante de Dios, pues Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, a petición de Su Padre (Jn. 14:31) vino obediente y voluntariamente como nuestro Substituto. “Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo...el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros” (Is. 53:5-6).

“Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8).

La liberación completa de la condenación fue comprada en nuestro favor. Todo lo que tenemos que hacer es arrepentirnos de nuestros pecados, confesar que somos pecadores, y aceptar el regalo del perdón que se nos ofrece por la libre gracia de Dios. Cuando lo hacemos, Dios borra el registro completo de nuestras transgresiones y podemos estar de pie justificados delante de Él (Sal. 103:12; Is. 43:25; Mi. 7:19).

Los términos “perdón” e “indulto” son sinónimos de “justificación y lo veremos más adelante.

#### D. El corazón se limpia

Cada pecado que cometemos contamina nuestra alma. Pero cuando Dios perdona, también limpia misericordiosamente nuestro espíritu de esa contaminación. Esa es la razón por la que Jesús les dijo a los apóstoles recién nacidos: “Ustedes ya están limpios por la palabra que les he comunicado” (Jn. 15:3). El alma de quien es perdonado se limpia y llega a ser como el alma de un bebé inocente.

#### E. Se experimenta una nueva relación

Nacer de nuevo significa nacer dentro de la familia de Dios. Así como un niño que viene al mundo hereda la naturaleza de sus padres, así el que nace de Dios recibe la naturaleza de Dios.

La persona también se convierte en heredera de Dios y coheredera con Cristo (Ro. 8:17). Es una herencia “indestructible, incontaminada e inmarchitable” (1P. 1:4).

El apóstol Pablo usa el término “adopción” para explicar lo que ocurre cuando creemos para salvación (Gá. 4:5; Ef. 1.5; etc.). Usa ese término para enfatizar que cuando creemos, recibimos una nueva relación familiar. Ya no somos más miembros de la familia de Satanás (Jn. 8:42-44; 1Jn. 3:1-10) sino que somos adoptados en la familia de Dios. Por pertenecer a Dios, Él nos concede atención especial: guía, protección, enseñanza y disciplina. De hecho, “No quitará el bien a los que andan en integridad” (Sal. 84:11 RV).

#### F. La persona es una nueva criatura

Cuando una persona cree, ocurre en ella un cambio radical. Es evidente en sus deseos, su hablar, sus sentimientos y sus actos. La nueva naturaleza que recibe de Dios se expresa en santidad. Ya no le atraen los actos y lugares pecaminosos. El pueblo de Dios, a quien antes quizás despreciaba, de repente pasa a ser algo amado: ¡allí están sus hermanos y hermanas! La Palabra de Dios, la adoración y el tiempo de oración se convierten en su deleite. La literatura y películas pornográficas de repente le son desagradables. Mucha de la música que antes le gustaba ya no le interesa, y ahora brotan de sus labios himnos y cantos espirituales. “¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” (2Co. 5:17)

Se dice que San Agustín (354-430 d.C.) llevaba una vida libertina antes de su conversión. Un día después de su nuevo nacimiento, escuchó una conocida voz femenina que lo llamaba: “¡Oh, Agustín!” Al reconocer que la voz era de una con quien había pecado, salió corriendo en la dirección opuesta. Pero la voz le siguió diciendo: “Agustín, ¿por qué corres? Soy yo”, y dijo su nombre.

A esto él respondió: “Corro, porque ya no soy Agustín”. No es que la persona nacida de nuevo no esté libre de ser tentada a pecar. Más bien, descubre que Cristo, a quien no desea perder, es una atracción muchísimo superior.

Alguien que ha nacido de nuevo tiene las siguientes nuevas metas: (1) agradar y glorificar a Dios, (2) atender las necesidades de un mundo doliente, e (3) ir al cielo. (Aunque antes haya deseado ir al cielo, no era una de sus metas.) Al igual que Abraham,

“espera la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor” (Heb. 11:10).

#### G. La persona es templo del Espíritu Santo

Una de las doctrinas más asombrosas y preciosas en las Escrituras es que Dios hizo al hombre para Sí mismo (Col. 1:16c). No sólo anhela la comunión con el ser humano, sino que desea vivir en nuestros cuerpos (1Co. 3:16, 6:19). Así que nuestros cuerpos no nos pertenecen: le pertenecen a Dios y deben ser conservados y utilizados para Su gloria. Jesús dijo algo que sorprende. No sólo desea que el Espíritu Santo habite en el cuerpo de quienes lo obedecen (Jn. 14:15-17), sino que dijo: “El que me ama, obedecerá mi palabra, y mi Padre lo amará y haremos nuestra vivienda en él” (Jn. 14:23). ¡Eso significa que la Trinidad completa mora en aquellos que aman con constancia a Jesús!

#### H. La persona lleva el fruto del Espíritu

La palabra “fruto” se utiliza en distintas maneras en la Biblia, pero en Gálatas 5:22-23 se dan las características del “fruto” del Espíritu Santo: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio.

En Juan 15 Jesús se comparó con la vid y habló de que los creyentes cristianos son ramas de esa vid. Enfatizó que para que una rama lleve fruto debe permanecer adherida a la vid. Para dar mucho fruto, las ramas deben ser podadas (limpiadas) por el divino Jardinero (vs. 1-17). De esto se dirá más en algún momento más adelante.

Las ramas no se esfuerzan para intentar producir un fruto bueno; lo generan en forma natural. Igual es con los creyentes que no se separan nunca de Cristo y han vivido la limpieza por las manos del divino Jardinero. Aunque los creyentes nacidos de nuevo no hayan sido podados aún, deben producir fruto cristiano, aunque no sea de la mejor calidad.

#### I. La persona tiene certeza cristiana

Fanny Crosby escribió el canto: “Grata certeza, ¡soy de Jesús!” Es derecho de todo creyente cristiano tener certeza por parte de Dios de que ha nacido de nuevo. Y Dios no nos deja en la incertidumbre: “El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16).

El apóstol Juan da otros criterios por los que podemos saber que hemos nacido de nuevo:

“Reconozcan también que todo el que practica la justicia ha nacido de él” (1Jn. 2:29).

“Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos” (1Jn. 3:14).

“El que cree en el Hijo de Dios acepta este testimonio” (1Jn. 5:10).

“Sabemos que el que ha nacido de Dios no está en pecado” (1Jn. 5:18).

Pertenecer a la familia de Dios y no tener confirmación de ese hecho por parte de Dios, haría que Su trato con nosotros sobre asuntos eternos fueran menos formales que los asuntos de los seres humanos sobre temas temporales. Después de que mi esposa y yo canjeamos un certificado a plazo, recibimos de varios personeros bancarios al menos cuatro confirmaciones de esa transacción. Pese a que la Palabra de Dios afirma claramente que Dios da testimonio de nuestra salvación, muchas personas no están seguras de que están a derecho con Él. No saber no significa que no sea verdad, aunque Dios le permite a Satanás tentar a los creyentes en este punto. Pero la oración sincera, acompañada de una búsqueda en la Palabra de Dios, hace que la relación sea clara nuevamente.

La declaración de Pablo de que el Espíritu de Dios “da testimonio a nuestro espíritu” significa, para muchos intérpretes de la Biblia, que nuestro espíritu también da testimonio de ello. Ese efecto lo genera el cambio radical que hemos experimentado.

Pero muchos que han tenido el testimonio de Dios, desafortunadamente lo pierden. Dios desea que vuelva a haber claridad.

## **CAPÍTULO 6**

### **EL NUEVO NACIMIENTO: SUS DEFICIENCIAS**

Decir que el nuevo nacimiento tiene deficiencias cuando es algo tan maravilloso pareciera, de entrada, algo muy irreverente. Pero el nuevo nacimiento no es lo más sublime en la experiencia cristiana; es la base sobre la cual debe erigirse la superestructura que Dios ha diseñado para sus hijos en esta vida. A fin de inspirar a los creyentes a alcanzar todo aquello que Dios ha planeado para ellos, debemos dirigir la atención ahora a algunas deficiencias que tiene el nuevo nacimiento.

En la oración que Jesús hizo en Juan 17, afirma claramente que los once apóstoles ya habían nacido de nuevo.

1. Dios los separó del mundo para dárselos a Jesús (v. 6).
2. Obedecieron a Dios (v. 6).
3. Jesús les entregó las palabras de Dios y ellos las aceptaron (v. 8).
4. Sabían que Cristo había venido de parte de Dios (v. 8).
5. Le pertenecían a Dios (v. 9).
6. Su vida le dio gloria a Jesús (v. 10).
7. Jesús los conservó a salvo; sólo perdió a Judas (v. 12).
8. Ya no eran del mundo, así como Jesús tampoco lo era (vs. 14,16).
9. Jesús les dio la gloria que Él mismo tenía (v. 22).
10. Jesús les reveló al Padre y lo seguiría haciendo (v. 26).

¿Puede dudarse que hayan nacido de nuevo?

Sin embargo, luego de decirles que serán sus testigos (Lc. 24:48), Jesús les hizo saber que no estaban preparados para ser sus testigos. Debían quedarse allí hasta ser revestidos del poder que el Padre había prometido (v. 49).

En Hechos 1:4-5, Jesús toca el tema de nuevo: “No se alejen de Jerusalén”, les dijo, “sino esperen la promesa del Padre, de la cual les he hablado: Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo”.

Obedecieron a Jesús y esperaron en oración en un aposento alto. Alrededor de diez días después de que Jesús les había dado la orden, vino sobre ellos el Espíritu Santo, a fin de equiparlos para las tareas asignadas (Hechos 2).

Junto con los apóstoles había otros 109 creyentes en el aposento alto, que creían que la orden de esperar era tanto para los Once como para ellos. Así también lo entendieron los apóstoles. De hecho, en Mateo 28:20, Jesús deja en claro que los mandamientos que Él les a los Once eran también para todos los creyentes hasta el fin de los tiempos.

Las siguientes son deficiencias del nuevo nacimiento:

- 1) El nuevo nacimiento por sí solo, limita el efecto del mensaje cristiano.

Los Once no estaban listos para representar a Cristo porque todavía eran carnales. Si hubieran salido así como eran, los mismos principios carnales que habían manifestado durante el ministerio de Jesús habrían salido a la superficie repetidamente. Habrían querido seguir buscando cómo exaltarse a sí mismo antes que a Cristo (Mc. 10:35-45). Habrían seguido deseando que cayera fuego del cielo sobre los que los maltrataban (Lc. 9:54). Se habrían alejado de Cristo cuando apareciera el peligro (compárense Jn. 18:17, 25-27, Mc. 14:31,50). Su espíritu carnal habría resquebrajado la confianza en el mismo evangelio que estaban intentando promover.

El ejemplo es mucho más fuerte que las palabras. Si un creyente no ejemplifica el mensaje que predica, la palabra desacredita rápidamente el mensaje. Los primeros

discípulos necesitaban el poder del Espíritu Santo para limpiar sus corazones de la naturaleza pecadora con que cada uno nacemos. Tener el bautismo del Espíritu Santo les permitiría vivir una vida acorde con el cristianismo.

Unos veinte años después de Pentecostés, Pedro, al relatar lo que había ocurrido ese día memorable, no mencionó el sonido de un fuerte viento, ni las lenguas de fuego que aparecieron sobre sus cabezas, ni el don de otras lenguas que cada uno recibió. Ni siquiera mencionó el nuevo poder que habían recibido para hablar la palabra eficazmente. Lo que mencionó como verdaderamente importante fue que sus corazones fueron limpiados por la fe (Hch. 15:8-9).

Pero alguien que nace de nuevo, no por eso únicamente logra controlar la naturaleza carnal que lleva por dentro, que está en enemistad con Dios (Ro. 8:7). Esa naturaleza se manifestará en las formas más vergonzosas y en los momentos más inoportunos. Como antídoto, el creyente debe esperar dondequiera que esté que el Espíritu Santo limpie su corazón de toda maldad. La persona nacida de nuevo es limpiada de la contaminación de los pecados cometidos, pero, al igual que los cristianos de Tesalónica, debe ser limpiada “por completo” (1Ts. 5:23) —limpiada de la naturaleza carnal.

2) El nuevo nacimiento por sí solo, no le da al ministerio el poder del Espíritu Santo.

Jesús dijo: “Cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos” (Hch. 1:8). Fue cierto entonces y es cierto hoy día.

En el original griego, la palabra que se traduce como “poder” es *dunamin*. Términos como “dinamita” y “dinámico” provienen de esa misma raíz.

Los 120 exhibieron esa dinámica el día de Pentecostés cuando les hablaron a las multitudes. Como resultado, unos tres mil pecadores se convirtieron a Cristo ese día. A lo largo de los siglos, se ha observado que quien recibe el bautismo del Espíritu Santo adquiere una nueva dinámica espiritual, tanto para su vida como para su ministerio. Las palabras que habla quizás sean las mismas, pero alcanzan a los oyentes con un poder vehemente que antes estaba ausente.

Muchos seminarios teológicos fallan en un punto vital. Envían a sus graduados a ministrar sin primero insistirles en ser bautizados por el Espíritu Santo. Un ministro talentoso puede levantar una congregación numéricamente sin ser lleno del Espíritu. Incluso puede guiar a los pecadores a Cristo. Pero no podrá llevarlos a una relación madura con el Señor. El nivel espiritual de una congregación pocas veces llega a ser mayor que el nivel de su ministro. E incluso si han llevado a alguien a Cristo, ¡cuánto más eficaces serían si estuvieran llenos del Espíritu!

Puesto que muchos ministros no han sido llenos del Espíritu, se confunden en cuanto a la doctrina respectiva y no la enseñan. O si la enseñan, sus propios actos carnales contradicen lo que enseñan. En consecuencia, pocos de sus feligreses experimentan el bautismo que Jesús le ofreció al mundo (Mt. 3:11).

3) El nuevo nacimiento por sí solo no permite que el fruto cristiano sea adecuado y de calidad.

Como se mencionó antes, Pablo define el fruto del Espíritu con palabras como “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (Gá. 5:22-23).

El Padre celestial se glorifica cuando los creyentes llevan mucho fruto (Jn. 15:8). Pero nadie puede llevarlo a menos que viva inmerso en la Vid espiritual (Cristo). Si Su Espíritu fluye abundantemente por nuestro ser, se garantiza fruto cristiano de buena calidad.

No obstante, debemos notar que esto es cierto sólo para los que *permanecen* en Cristo. Permanecer en Él es obedecer cuidadosamente Sus mandamientos (Jn. 15:10). (Para comprender más a fondo sus mandamientos, véase el punto 5 a continuación.)

Desafortunadamente, los que no llevan el fruto del Espíritu serán rechazados por Dios (Jn. 15:2a).

4) El nuevo nacimiento por sí solo no hace fácil el crecimiento cristiano.

Aunque en el momento del nuevo nacimiento se implanta la naturaleza de Dios dentro del creyente, la naturaleza carnal (pecado original) con el que cada uno nacemos sigue allí. Y al igual que la maleza en un jardín, impide el crecimiento. El corazón debe ser limpiado de esa naturaleza pecadora.

5. El nuevo nacimiento por sí solo no significa que hayamos obedecido el mandato de Cristo de esperar el bautismo del Espíritu Santo.

Este mandato se encuentra en Lucas 24:49. Aunque fue primeramente para los apóstoles, Jesús les dijo que debían transmitir todos Sus mandamientos a quienes se convirtieran (Mt. 28:19-20). Más tarde, el Espíritu Santo inspiró al apóstol Pablo a escribir: “Sean llenos del Espíritu” (Ef. 5:18).

Una de las preguntas que se les hace a los que buscan ingresar como miembros fijos a la denominación de la cual soy parte (hay otras denominaciones que tienen requisitos parecidos) es ésta: “¿Ha tenido usted la experiencia de la llenura del Espíritu Santo con su limpieza y empoderamiento para el servicio?” Si el candidato no la ha tenido, se le pregunta: “¿Buscará usted esa llenura por medio de la consejería, el estudio y la oración?” Si el candidato responde que sí, se le permite ser miembro fijo. Pero luego muchos no cumplen con su voto. Eso es un desastre tanto para la persona como para la iglesia, y también para el mundo donde los cristianos han sido llamados a servir.

6. El nuevo nacimiento por sí solo, no nos prepara para entrar al cielo.

Debemos estar perfectamente limpios para poder entrar al cielo (Ap. 21:27; Ef. 5:5, Heb. 12:14). Jesús dijo: “Dichosos los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8). El apóstol Pablo oró que los cristianos de Tesalónica fueran santificados por completo (1Ts. 5:23). Si no le permitimos al Espíritu Santo hacer eso, invalidamos el mismo propósito de la muerte de Jesús, porque Él “para santificar al pueblo mediante su propia sangre, sufrió fuera de la puerta de la ciudad” (Heb. 13:12).

## **CAPÍTULO 7**

### **EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO**

En este estudio se utiliza el término “bautismo del Espíritu Santo”, porque es el que más usa el Nuevo Testamento para describir esta experiencia. Pero hay muchos otros términos. Algunos se encuentran en el Nuevo Testamento y otros en enseñanzas sobre el Nuevo Testamento.

A. Sinónimos de “bautismo del Espíritu Santo”.

Hay varios sinónimos para esta relación con Dios.

1. El bautismo del (o en el) Espíritu Santo

(Aunque se usa popularmente hoy día, no aparece en el Nuevo Testamento, y lleva a las personas a creer que el *Espíritu Santo* es el Agente o Persona que hace el bautismo. Pero el Nuevo Testamento le confiere ese honor a Jesús.)

2. La llenura del Espíritu

3. Santificación completa

4. Muerte del yo

5. Amor puro

6. Vivir en el Espíritu

7. Caminar en el Espíritu

8. Poder para vencer

9. Consagración total

10. Santidad

11. Amor perfecto

12. Perfección cristiana

13. La vida de la fe

14. El descanso de la fe

15. Santificación

16. Un corazón limpio

17. Pureza del corazón

18. El bautismo con el Espíritu Santo y con fuego

19. La circuncisión del corazón

20. Perfección

21. La plenitud del Espíritu

22. La plenitud de Dios

23. Salvación plena

24. La vida superior

25. La vida profunda

26. El don del Espíritu

27. El regalo del Espíritu Santo

28. El derramamiento del Espíritu Santo

29. El sello del Espíritu Santo

30. La sabiduría de lo alto

Y hay otros.

La terminología exacta que se usa para describir este segundo paso importante de la experiencia cristiana no es tan importante. Lo realmente vital es que esa bendita experiencia sea real en la vida del creyente.

B. Las enseñanzas bíblicas sobre el bautismo del Espíritu Santo

Varios pasajes del Antiguo Testamento hacen alusión al bautismo del Espíritu Santo. Ezequiel 36:25-28 es el ejemplo más notable de su aplicación al pueblo judío. Joel 2:28-32 predice que será para todos los pueblos (compárese con Hch. 2:17-21).

Pero fue Juan el Bautista quien usó por primera vez el término. En Mateo 3:11-12 dice: “Yo los bautizo a ustedes con agua para que se arrepientan. Pero el que viene después de mí es más poderoso que yo, y ni siquiera merezco llevarle las sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego” (compárese con Mc. 1:7-8, Lc. 3:16-17, Jn. 1:33). Estos pasajes afirman que es *Jesús* quien realiza el bautismo: Él es quien bautiza con el Espíritu Santo así como Juan bautizaba con agua.

En la primera parte de Hechos 1, Lucas registra la indicación que Jesús les hace a los apóstoles inmediatamente antes de regresar al cielo. Les dice: “No se alejen de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre, de la cual les he hablado: Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo” (vs. 4-5).

En Hechos 1:8, Jesús habla del poder que se requiere para testificar con eficacia, el cual sería dado con la venida del Espíritu Santo. Eso se cumplió cuando el pueblo judío celebraba la Fiesta de Pentecostés (véase Hch. 2:1-47).

En Hechos 2:39, Pedro afirma que la promesa de Dios no era sólo para los judíos; es para todos los pueblos y “todos los extranjeros”. Eso incluye a todos los creyentes de hoy.

En la noche antes de Su crucifixión, Jesús les enseñó a los apóstoles sobre la persona y la labor del Espíritu Santo (Jn. 14-16). Él sería el Consolador de los creyentes (15:26). Testificaría de Jesús (15:26). Convencería al mundo de pecado, justicia y juicio (16:8). Revelaría ciertas cosas sobre el futuro (16:13). Daría a conocer las cosas de Cristo a los creyentes (16:14).

C. El bautismo del Espíritu Santo es una segunda obra inconfundible de gracia

El bautismo del Espíritu Santo es una obra de gracia que Jesús realiza en el creyente luego de su nuevo nacimiento. Esto lo afirma la declaración de Jesús en Juan 14:17: “El mundo no [lo] puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce”. También lo respalda el hecho de que aunque los apóstoles habían nacido de nuevo antes de Pentecostés (Juan 17), fueron bautizados en Pentecostés con el Espíritu Santo. Y esto se observa en los relatos de varios grupos de creyentes que fueron bautizados con el Espíritu Santo luego de Pentecostés.

1. Los creyentes en Samaria (Hch. 8:9-24)

Aunque habían creído y habían sido bautizados en la fe, no recibieron el Espíritu Santo sino hasta que Pedro y Juan impusieron manos sobre ellos (v. 17). Esto ocurrió varias semanas luego de que Felipe les había ministrado.

2. Saulo de Tarso (Hch. 9)

Saulo era un fariseo fanático que con agresividad intentó destruir el cristianismo. Iba camino a Damasco a traer de vuelta a Jerusalén en cautividad a cualquier judío que se hubiera convertido al cristianismo. Pero Jesús mismo se le apareció de repente mientras se acercaba a la ciudad y Saulo se convirtió radicalmente. Empezó a llamar “Señor” a Jesús y a obedecerlo en todo lo que le ordenara. La gloria que irradió el Cristo ascendido fue tan brillante que dejó a Saulo físicamente ciego.

Mientras Saulo ayunaba y oraba en casa de Judas, un cristiano judío de nombre Ananías vino a él con la orden de imponerle las manos para que recibiera la visa y fuera lleno del Espíritu Santo (v. 17). Sabemos que Saulo ya se había convertido antes de que llegara Ananías, porque Jesús les había dicho a los apóstoles que sólo un nacido de nuevo podía recibir el Espíritu Santo (Jn. 14:17).

3. Los gentiles de Cesarea (Hch. 10:1-48)

Debido a la afirmación de Pedro en Hechos 11:14, algunos dicen que Cornelio y su familia no habían nacido de nuevo antes de que Pedro les predicara. Para ellos, el que Cornelio temiera a Dios y le orara continuamente significa simplemente que era un prosélito judío devoto. No obstante, hay evidencia de que había nacido de nuevo antes de que Pedro llegara.

a. Las oraciones y obras de beneficencia de Cornelio habían sido aceptadas por Dios como ofrenda (vs. 4, 31). Salmos 66:18, Isaías 64:6 y Juan 9:31 sugieren que Dios no acepta las obras ni las oraciones de los pecadores.

b. El Espíritu Santo vino sobre ellos. Sin embargo, como se dijo anteriormente, Jesús había dicho claramente que el mundo (los no salvos) no podía recibir el Espíritu Santo.

c. Pedro dijo (Hch. 2:38) que a manera de preparación para el don del Espíritu Santo, deben darse el arrepentimiento y el perdón, dos elementos que preceden al nuevo nacimiento (el perdón ayuda al nuevo nacimiento).

d. Hablaron en lenguas y alabaron a Dios luego de que el Espíritu Santo viniera sobre ellos (v. 46). Eso es lo que hicieron también los creyentes en el aposento alto en Jerusalén el día de Pentecostés (Hch. 2:4,11). En el Nuevo Testamento no hay evidencias claras de que las personas hablaran en lenguas en el momento de recibir la experiencia del nuevo nacimiento.

En vista de lo citado aquí, la mención de Pedro sobre la salvación de los gentiles de Cesarea en Hechos 11:14, reconoce que el bautismo del Espíritu Santo es un paso importante para la salvación completa del ser humano. Así como la salvación tiene un paso terrenal y un paso celestial (1P. 1:5, 9, compárese con Ro. 8:18-24 y 1Co. 15:45-54), la salvación tiene más de una etapa terrenal, como se verá más adelante.

#### 4. Apolo (Hch. 18:24-28)

La evidencia sobre Apolo es impresionante. Este discípulo hablaba y enseñaba con eficacia sobre Jesús, pero sólo tenía una comprensión parcial. No sabía todo lo que otorgaba el bautismo que Jesús da. Aquila y Priscila, un laico cristiano y su esposa, notaron su desconocimiento y lo invitaron a su casa para explicarle mejor el camino del Señor.

Eso nos hace recordar a dos señoras mayores de quienes se dice se sentaban al frente en los servicios evangelísticos de D. L. Moody en Chicago. Ellas percibieron que Moody no había vivido el bautismo del Espíritu Santo, así que empezaron a hablarle noche tras noche al finalizar los servicios, diciéndole que estaban orando por él. Moody se sentía fastidiado. Pero Dios empezó a lidiar con su corazón y él escuchó, y empezó a buscar “la promesa que el Padre prometió” (Hch. 1:4). Un día mientras caminaba por una calle de la ciudad de Nueva York, el Espíritu Santo vino sobre él. Y desde ese día, su ministerio tuvo un nuevo poder.<sup>1</sup>

#### 5. Los discípulos en Éfeso (Hch. 19:1-7)

Algunos suponen que porque estos doce hombres no sabían del Espíritu Santo y sólo habían sido bautizados en el bautismo de Juan, no habían nacido de nuevo antes de que Pablo los conociera. Pero varias cosas indican que ya conocían a Cristo como su Salvador.

a. Eran discípulos (v.1). Si Lucas hubiera querido implicar que sólo eran discípulos de Juan el Bautista quien habían muerto hacía unos treinta años, lo hubiera dejado en claro. Pero obviamente Lucas quiso decir que eran discípulos cristianos.

b. El que no sabían del Espíritu Santo no significa que no fueran salvos. Muchísimas personas hoy día han nacido de nuevo pero no tienen noción del papel del Espíritu en su salvación (Jn. 3:5-8).

c. El bautismo de Juan no encauzaba a los hombres hacia Juan, sino hacia Jesús (Hch. 19:4). Juan bautizó a los que creyeron en el Jesús de quien él predicaba (Lc. 3:15-18).

d. Lucas menciona que estos doce discípulos hablaron en lenguas antes de que el Espíritu viniera sobre ellos. Tenía un propósito al destacar esto: Deseaba que sus lectores entendieran que lo que les había acontecido a estos hombres era igual a lo que les había acontecido a los 120 en el aposento alto en Pentecostés (Hch. 2:4). Así que su bautismo en el Espíritu Santo había ocurrido unos treinta años antes de que nacieran de nuevo.

#### 6. Los creyentes tesalonicenses

Los miembros de la iglesia de Tesalónica nacieron de nuevo antes de que Pablo les escribiera. En su primera carta a ellos, Pablo les dice que Dios los había escogido (1Ts. 1:4) y les dice cómo sabe que eso es cierto.

a. El evangelio que Pablo, Silas y Timoteo les habían predicado había venido a ellos no como palabras huecas, sino “con el Espíritu Santo y con profunda convicción” (1Ts. 1:5). Dios no juega con los que lo buscan. Cuando el poder del Espíritu apoya la predicación de la Palabra, la convicción de pecado y la necesidad de salvación descienden sobre la audiencia.

b. Los creyentes de Tesalónica recibieron la Palabra de Dios a pesar de su “mucho sufrimiento” (1Ts. 1:6). Los que se rebelaron contra la Palabra proclamada del Señor no logran soportar la persecución a fin de escucharla.

c. Recibieron la Palabra “con la alegría que infunde el Espíritu Santo” (1Ts. 1:6). Sentir gozo al escuchar el evangelio predicado es algo que sólo pueden vivir aquellos que lo han aceptado.

d. “Fueron ejemplo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya” (1Ts. 1:7). Para ser un ejemplo a otros creyentes primero se debe ser un creyente genuino.

e. Fueron evangelizadores. Antes de que Pablo les escribiera, habían compartido el evangelio con otros y habían recorrido distancias para hacerlo. Acaya está a unos 46 kilómetros de distancia en línea recta. Y, naturalmente, el viaje era lento y peligroso en aquellos días.

f. Dejaron atrás los ídolos (1Ts. 1:9). Las personas no cambian fácilmente de religión; pero un cambio radical había llegado a su vida.

g. Anhelaban la segunda venida de Jesús (1Ts. 1:10). Los pecadores no anhelan Su venida; la temen.

Es por esta iglesia que Pablo expresó el deseo de que mantuvieran la pureza moral: “La voluntad de Dios es que sean santificados; que se aparten de la inmoralidad sexual” (1Ts. 4:3). En este pasaje del 4:3-7 les habla del alto nivel de vida al cual Dios los ha llamado: “Dios no nos llamó a la impureza sino a la santidad”. Nos advierte sobre tomar a la ligera este alto nivel de vida: “El que rechaza estas instrucciones no rechaza a un hombre, sino a Dios, quien les da a ustedes su Espíritu Santo”. El deseo de Pablo para la iglesia de Tesalónica era que se santificara “por completo” (1Ts. 5:23).

Hay quienes suponen que la santificación es algo parcial en esta vida; que la purificación total no es posible antes de la muerte. Es verdad que muchos de los efectos no morales de la Caída no se borran en esta vida, pero las Escrituras muestran claramente que la Expiación permite la purificación de los creyentes de todo pecado en el aquí y en el ahora. El apóstol Pablo nos dice: “Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio... Jesucristo... se

entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido” (Tit. 2:11-14). Ser redimidos de toda maldad es vivir una purificación a fondo.

Otros teólogos sostienen que la santidad que el pueblo de Dios recibe en esta vida es sólo posicional. Es decir, que es sólo en Cristo, quien nos representa delante de Dios. Afirman que en realidad seguimos impuros, pero Dios ve a nuestro Representante (Jesús), quien es santo, y nos atribuye Su santidad.

Es verdad que nuestro Representante es santo, y que nuestra santidad deriva de Él. No podemos alcanzar ni retener la santidad a menos que seamos purificados momento tras momento mediante la fe en Él. *Nuestra santidad es Cristo que vive en y por medio de nosotros.*

Pero las Escrituras revelan que el Espíritu Santo en verdad purifica a los *creyentes* que esperan esa purificación. Cito seis ejemplos (las cursivas son mías).

(1) “Santificalos” (a los creyentes mismos, Jn. 17:17).

(2) “Purificó sus *corazones*” (Hch. 15:9). En las Escrituras, “corazón” alude a la persona completa.

(3) “*La purificó*” (Ef. 5:25-27). Refiere a la iglesia.

(4) “Para rescatarnos de toda maldad...” (Tit. 2:14).

(5) “Sean santos, porque yo soy santo” (1P. 1:16).

(6) “La sangre de su Hijo Jesucristo *nos* limpia de todo pecado” (1Jn. 1:7).

No hay un pasaje en la Biblia que diga que la purificación de Dios en un creyente sea sólo posicional. La purificación del corazón es algo *real*. Cuando el ángel le anunció a José el nacimiento de Jesús, le dijo: “Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a *su pueblo* de sus pecados”, no “*en*” o “*a pesar de*” sus pecados (Mt. 1:21) (la cursiva es mía). En una ocasión en que Jesús hablaba del pecado, dijo: “Si el Hijo los libera, serán ustedes verdaderamente libres” (Jn. 8:36).

Una razón por la que algunos estudiantes de la Biblia tienen dificultad para aceptar las enseñanzas sencillas sobre la redención de todo pecado, es que definen el pecado muy ampliamente. Su definición abarca todas las fragilidades e imperfecciones humanas. En los pasajes vistos anteriormente, esa no es la definición que Jesús y los autores inspirados tenían en mente. Si así hubiera sido, no habría esperanza para ninguno de nosotros, porque todos sufrimos los efectos no morales de la Caída, y los sufriremos mientras vivamos. (Por efectos no morales me refiero a errores de juicio, debilidades físicas, etc.). “Tenemos este tesoro en vasijas de barro” (2Co. 4:7). No debemos imponerles a las Escrituras nuestras propias definiciones propias. Al contrario, éstas deben nacer de los pasajes bíblicos.

Pero hay intérpretes que nos dicen que la purificación que ocurre al ser bautizados con el Espíritu Santo, nos hace verdaderamente victoriosos sobre la naturaleza carnal, aunque sigamos siendo carnales. Lo explican de esta forma: En el bautismo del Espíritu Santo, el Espíritu de Dios posee el corazón del creyente de tal forma que lleva a sujeción totalmente su naturaleza pecaminosa. El resultado es que el creyente es capaz de vivir *como si* no tuviera pecado. Pero en realidad, el pecado sigue allí.

Algunos ilustran esta enseñanza comparando a la persona llena del Espíritu con un globo. Si, por ejemplo, el empuje o propulsión ascendente (el gas representa el Espíritu Santo) es de 1500 libras, y el empuje descendente (la góndola y la carga representan la naturaleza carnal) es de 800 libras, el efecto total es que el globo asciende como si no hubiera empuje descendente del todo. Sin embargo, en realidad sí existe un empuje descendente de 800 libras. Afirman que el creyente santificado *parece* ser santo por el

poder superior del Espíritu que está en él. Pero sería un error, insisten, creer que todo el pecado ha sido removido del corazón.

Esta ilustración es poderosa, pero contradice lo que enseña la Biblia. Si “la sangre...de Jesucristo nos limpia de todo pecado” (1Jn. 1:7), limpia algo más que nuestra conducta: nos limpia a *nosotros*. Estos cristianos no tendrían un problema intelectual con 1 Juan 1:7 si observaran que el verbo “limpia” está en tiempo presente—implica conservar la limpieza. La santificación no es una experiencia definitiva; es un proceso que se vive momento a momento. El acto de limpieza de Dios es activo y a fondo, siempre y cuando el creyente le siga dando a Él el primer lugar en cada parte de su vida. El divino Amante es celoso (Ex. 20:5). Cuando una persona o una cosa recibe más amor que Él, o cuando el creyente empieza a ceder a pequeños pecados (no hay *pequeños* pecados), Dios se duele y el creyente se aparta de Dios. La limpieza se detiene y el corazón vuelve a ser tan carnal como era antes de que ocurriera la santificación.

Véase el Apéndice B para analizar declaraciones bíblicas que parecieran enseñar otra cosa.

### 7. La iglesia de Corinto

La doctrina de que el bautismo del Espíritu Santo ocurre luego de que se nace de nuevo se evidencia también en las cartas que Pablo le envió a la iglesia en Corinto.

Esa iglesia estaba repleta de problemas. Sería más acertado decir que las personas mismas eran el problema. Peleaban entre sí sobre cuál de los famosos predicadores que les habían ministrado era el mejor: Pablo, Apolo o Cefas (Pedro). Sus peleas habían escalado a tal punto que estaban causando divisiones dentro de la iglesia. Pablo lidia con ese problema en 1 Corintios, en los capítulos 1 al 4. Les dice que ellos (la iglesia) son el templo de Dios. Les advierte que si uno destruye el templo de Dios (como lo estaban haciendo con sus peleas), Dios lo destruiría (1Co. 3:17).

Un segundo problema era que estaban tolerando el incesto en la iglesia (cap. 5) y estaban llevando a los hermanos a las cortes seculares en lugar de resolver sus diferencias dentro de la iglesia (cap. 6). Vivían problema tras problema. Sin embargo, el apóstol los llama creyentes (santos) e intentó llevarlos a un nivel más alto de la vida cristiana.

En el capítulo 13 de 1 Corintios, sin embargo, les dice cómo deben ser si desean tener *cualquier* estima de Dios. Todos sus cacareados dones espirituales y sacrificios personales son nada si no tienen amor (vs. 1-3).

En los versículos 4-7 definió el amor del que estaba hablando: “El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.

Es el ingrediente indispensable del cristianismo. Es el mayor de los mandamientos (Mt. 22:37-38). Es el cumplimiento de la ley (Gá. 5:14). Es lo que distingue al cristianismo (Jn. 13:35). Es lo que une a los cristianos y convence al mundo de la verdad de las enseñanzas cristianas (Jn. 17:21-23). Es el nivel más alto de la experiencia cristiana. Es todo lo que Jesús quiso decir por “sean perfectos como su Padre celestial es perfecto”.

Los primeros metodistas definían la vida llena del Espíritu como “la perfección cristiana”. Sacaron el término “perfección” de la versión Reina Valera en pasajes como Mateo 5:48, Lucas 6:40, 1 Corintios 2:6, 2 Corintios 13:11, Filipenses 3:15, Hebreos 6:1, 1 Juan 2:5 y 4:17-18. Los traductores de la Reina Valera buscaron arduamente ser fieles al

griego original incluso cuando los pasajes estudiados no concordaban con su teología personal.

Una de las razones por las que las palabras “perfección” y “perfecto” incomodan mucho a tantos lectores de la Biblia es porque no leen las frases a la luz del texto circundante (contexto). Mateo 5:48 ha asustado a muchos lectores porque no observan con cuidado las palabras del versículo mismo. Dentro del pasaje general, Jesús está hablando de la necesidad de mostrar amor hacia los enemigos. Utiliza a Dios como ejemplo. En los versículos 43-45 afirma que Dios comparte el sol y la lluvia con los injustos (Sus enemigos) tal como lo hace con los justos (Sus amigos). Y lleva esta enseñanza al clímax en el versículo 48 con la frase: “Por tanto, sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto”. Es la expresión “por tanto” la que usualmente se pasa por alto. Ese “por tanto” relaciona el versículo con lo que Jesús acaba de mencionar. Si no dejamos que la palabra “perfectos” nos ciegue a lo que Jesús está diciendo, podremos ver que Él simplemente está diciéndonos que debemos mostrar amor a nuestros enemigos así como Dios ama a todos Sus enemigos. Sin la expresión “por tanto” el mandamiento sería imposible de cumplir.

8. Los cristianos hebreos (Heb. 4)

El escritor de la carta a los Hebreos también supone que el bautismo del Espíritu Santo ocurre después de que la persona ha nacido de nuevo.

Es a los que han nacido de nuevo que les escribe:

- a. Los llama “santificados” (3:1).
- b. Dice que “nosotros” (él y las personas a quienes va dirigida la carta) debemos considerar a Jesús (3:1).
- c. Los llama “hermanos” (3:12).
- d. Han llegado a tener parte con Cristo (3:14).
- e. Son creyentes (4:3).

En el cuarto capítulo, les dice a los hebreos que Dios tiene un reposo espiritual para ellos así como les dio el reposo de Canaán a sus ancestros en el desierto. Y les advierte del peligro de rebelarse para no entrar en ese reposo.

Algunos intérpretes creen que ese “reposo” habla del descanso de los santos en el cielo. Pero esto es imposible a la luz de lo que dice el versículo 4:1: “Temamos...alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado” (RV). La frase “no haberlo” pone la acción en el pasado, no en el futuro; y el pueblo al que le escribe no había perdido el cielo—aún. Los primeros presbiterianos creían con toda justicia que el escritor se estaba refiriendo al “resto de la fe”, un término que es sinónimo del bautismo del Espíritu Santo.

En vista de todo lo anterior, concluimos que el bautismo del Espíritu Santo es:

1. El bautismo que Jesús vino a realizar
2. Sólo para los que han nacido de nuevo
3. Una experiencia por la que el corazón del creyente es limpiado del pecado original
4. Una experiencia por la que se recibe poder para vivir una vida cristiana victoriosa
5. Una experiencia por la que el creyente recibe poder para ministrar con eficacia.

## **CAPÍTULO 8**

### **CÓMO EXPERIMENTAR EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO**

Ya que el bautismo del Espíritu Santo es tan importante, debemos tomar los pasos que nos guían a esa maravillosa experiencia.

#### **A. El nuevo nacimiento es básico**

Puesto que las personas del mundo (pecadores) no pueden recibir el Espíritu Santo (Jn. 14:17), la condición previa para los que desean el bautismo del Espíritu Santo es que estén seguros del perdón de sus pecados y de su relación con el Señor.

Muchos que han buscado el bautismo de Jesús tienen pecados sin perdonar. En su búsqueda del bautismo de Jesús, el Espíritu Santo les hace ver sus pecados, lo cual les permite confesarlos y alejarse de ellos, procurando el perdón de Dios. Cuando eso se les concede, brota una profunda oleada de gozo y paz. Eso es considerado muchas veces como la garantía de que han sido bautizados con el Espíritu Santo y dejan de buscar. Pero sólo han resuelto el punto de nacer de nuevo. Y como no esperan a que se cumpla en ellos “la promesa del Padre”, pronto son asolados como antes por su naturaleza carnal. Y quizás por eso, Satanás les diga que no es posible vencer el pecado en este mundo—o al menos que ellos no lo vencerán.

Así que los que desean ser bautizados con el Espíritu Santo deben primero estar seguros de que su relación de justificación está en orden.

#### **B. Es necesario tener un profundo deseo y orar con fervor**

Este bautismo no se recibe a menos que se anhele sinceramente. Jesús dijo: “Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (Mt. 5:6).

El hambre y la sed son sensaciones poderosas. Cuando uno ha pasado algún tiempo sin comida o bebida, descubre que el alimento se vuelve una pasión irresistible. Cuando uno anhela a Dios al punto de que se el bautismo del Espíritu Santo se convierta en la meta central de su vida, Dios sacia esa necesidad.

Jesús expresó la misma verdad en una de Sus enseñanzas sobre la oración. Dijo: “Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre” (Lc. 11:9-13).

En el versículo 13, Jesús muestra lo que tenía especialmente en mente: que pidamos el Espíritu Santo. Dice que el Padre desea darles a Sus hijos el Espíritu Santo mucho más de lo que los padres terrenales desean darles comida a sus hijos.

Pero el énfasis de Jesús en la necesidad de tener un deseo intenso se nota mejor en el griego, que es la lengua en la que Lucas escribió originalmente su evangelio. Es importante observar los tiempos de los verbos para poder captar el significado más profundo. Los verbos que se traducen como “pedir”, “buscar” y “llamar” (y por tanto, “pidan”, “busquen” y “llamen”) están en el tiempo presente, y en griego ese tiempo enfatiza una acción continua en el presente. Así que lo que Jesús estaba realmente diciendo era: “Sigan pidiendo y se les dará; sigan buscando y encontrarán; sigan llamado y se les abrirá la puerta”.

Dios no se da a Sí mismo a menos que el creyente realmente lo desee. Una solicitud casual no basta, pero cuando lo deseamos a Él más que a ninguna otra cosa, Dios se deleita en complacernos (Lc. 11:13). Una razón por la que muchos creyentes no reciben el bautismo de Jesús es porque no desean intensamente a Dios.

Los 120 discípulos en el aposento alto sin duda durmieron, comieron y bebieron durante los diez días que esperaron. Pero principalmente se dedicaron a esperar, a buscar de

corazón y a orar hasta que fuera el tiempo de Jesús<sup>1</sup> de bautizarlos con el Espíritu. No se desanimaron. Creyeron en “la promesa del Padre” (Hch. 1:4-5) tan implícitamente que oraron sin cesar hasta que vino el bautismo de fuego. Los creyentes de hoy que esperan esto mismo, serán recompensados en igual forma.

C. Se requiere que haya una confesión humilde y una consagración total

Mientras el creyente espera delante de Dios por el bautismo del Espíritu Santo, Dios vuelca el reflector del cielo sobre su corazón, de manera que empieza a verse a sí mismo tal como Dios la ve.

Toma conciencia de que está rompiendo el primer mandamiento: No ha amado al Señor con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas. Tampoco ha amado a su prójimo como a sí mismo.

Se da cuenta de que hay áreas en su vida que no están bajo el control de Dios.

Ha dudado en negarse a sí mismo, tomar su cruz diariamente y seguir al Señor.

Quizás ha tenido temor de ponerse en pie y afirmar que es cristiano delante de personas no salvas.

Quizás no ha estado dispuesto a realizar el trabajo de un siervo (Mt. 20:26) a menos que éste le genere honor personal.

Aunque ha dado para obras de caridad y ha promovido el trabajo de la iglesia, probablemente ha tratado de que los demás sepan lo que ha dado y hablen bien de él.

Dios le muestra que en su corazón alberga enojo, orgullo, lascivia, envidia, celos, resentimientos y egoísmo. Le vienen a la memoria pensamientos y deseos impuros que lo han molestado, y que su único cuidado ha sido evitar ponerlos en acción.

Ha intentado justificar ciertas partes del Sermón del Monte. Luego lee 1 Corintios 13 y ve cuán por debajo ha estado viviendo en relación con el estándar de Dios para los cristianos.

Conforme Dios le revela la iniquidad de su corazón, lo confiesa todo sinceramente al Señor y clama por pureza. Anhela ser santificado por completo. Le suplica a Jesús que quite de él todo lo que es falso y que sólo Él reine allí soberanamente. Su deseo es ser santo como Dios es santo.

Dios comienza a revelarle Sus promesas. La fe se inspira y repentinamente recibe el bautismo de fuego (Mt. 3:11). Toda la escoria se consume; sólo queda el oro puro del Espíritu de Dios.

D. La fe es fundamental

El apóstol Pedro testificó que los 120 en el aposento alto y otras personas de su tiempo habían purificado su corazón por la fe (Hch. 15:8-9). La fe siempre ha sido el instrumento.

La fe no es algo que una persona pueda alcanzar por esfuerzo propio. Es algo que Dios da cuando busca el bautismo del Espíritu Santo o cuando busca el nuevo nacimiento (Ef. 2:8). Pero Dios no concede esa fe a menos que primero cumplamos con Sus condiciones.

Esas condiciones no siempre se cumplen *conscientemente* o en el orden que se mencionó antes. Dios conoce el corazón y sabe cuándo estamos listos para recibir el bautismo. El da la fe cuando en Su sabiduría sabe que es el momento correcto.

En algunas instancias, quizás retenga este supremo don por un tiempo a fin de aumentar la intensidad del deseo de la persona que busca. Pero las promesas son ciertas: Dios se deleita en dar la llenura del Espíritu a cada hijo que espera en obediencia.

Algunos consejeros les dicen a las personas que “lo tomen por fe”. Por *fe*, sí, pero no por presunción. Lo tomamos sólo cuando Dios nos lo da y la fe es sencilla cuando ese momento llega. Su mandamiento para nosotros, al igual que para los apóstoles, es: “Quédense...hasta”—hasta que se realice la obra (Lc. 24:49). Mientras esperamos, hacemos bien en pedirle a Dios que nos muestre si hemos cumplido con todas Sus condiciones. Si revela que no nos hace falta nada, debemos recordarle (o mejor dicho, recordarnos a nosotros mismos) Sus preciosas promesas y aferrarnos a ellas. Él nos da Sus promesas para inspirar nuestra fe (2P. 1:4). No nos fallará.

## **CAPÍTULO 9**

### **LOS RESULTADOS DEL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO**

Los resultados del bautismo del Espíritu Santo son excelentes.

#### **A. Testimonio**

Cuando los creyentes son bautizados con el Espíritu Santo reaccionan en una variedad de maneras, dependiendo en gran medida de la personalidad de cada individuo. El tipo de reacción no reviste gran importancia, particularmente porque las emociones son temporales. Lo vital es el testimonio que Dios otorga de que se está realizando la obra.

Algunos afirman que el don de lenguas es la garantía. Pero las Escrituras declaran que es posible hablar todas las lenguas humanas y angélicas, sin tener amor (la esencia misma de la naturaleza de Dios) en el corazón (1Co. 13:1; 1Jn. 4:8, 12). De esto se hablará más en el capítulo 11.

#### **B. Limpieza**

Todos los que son llenos del Espíritu Santo experimentan una sensación de limpieza interior. Su naturaleza pecaminosa se limpia instantáneamente de toda maldad. En 1 Juan 1:9 se enfatiza que la conexión es una condición necesaria tanto para recibir el perdón de pecados—el nuevo nacimiento—como para la limpieza de la naturaleza pecaminosa—el bautismo del Espíritu Santo. Esa limpieza se mantiene momento a momento en el creyente que camina confiadamente en completa obediencia a Dios (1Jn. 1:7).

#### **C. Un nuevo sentido de poder**

Jesús dijo: “Cuando venga el Espíritu santo sobre ustedes, recibirán poder” (Hch. 1:8).

Anteriormente indicamos que la palabra para “poder” en el texto original viene del término del cual proviene la palabra “dinámico”. La persona que es bautizada en el Espíritu Santo recibe poder tanto para vivir la vida cristiana con eficacia, como para ministrar efectivamente usando sus dones espirituales.

#### **D. Aumento de amor**

Ya que Dios es amor (1Jn. 4:8,12) y ya que Dios ahora llena el alma, como agua que sale de un pozo artesiano brota amor puro del corazón lleno del Espíritu (Jn. 4:14). En Juan 7:38 y aludiendo a la frase de Jesús de que “brotarán ríos de agua viva”, el apóstol comenta: “Con esto se refería al Espíritu que habrían de recibir más tarde los que creyeran en él” (v. 39).

El creyente lleno del Espíritu sigue amándose a sí mismo. De hecho, se ama y se cuida con mayor preocupación porque percibe más intensamente que nunca que le pertenece a Dios. Todos los miembros de la Trinidad han hecho ahora su tabernáculo en el cuerpo del creyente (Jn. 14:15-15, 23; 2Co. 6:16). Sin embargo, se sacrificará gustosamente si cree que Dios se lo pide.

La persona llena del Espíritu ama profundamente a todos los demás creyentes. Tan profundamente que, de hecho, está dispuesto, si se requiriera, a dar su vida por ellos (1Jn. 3:16).

El amor que lo llena lo lleva a tratar a todos los hombres necesitados en la misma manera en que quisiera ser tratado si estuviera en las mismas circunstancias (Lc. 10:25-37). Esto incluye a los enemigos (Mt. 5:43-48).

Los sentimientos internos y la expresión externa de quien ha sido llenado con el amor de Dios se describen en 1 Corintios 13:4-7.

#### **E. Una comunión más íntima con Dios**

Dios hizo al hombre para Sí mismo (Col. 1:16d).

Antes de que nuestros primeros padres pecaran, aparentemente Dios los visitaba cada día (Gn. 3:8). El pecado rompió esa comunión.

Dios caminó con Enoc al menos 300 años de su vida terrenal. Luego lo llevó al cielo donde pudiera estar con Él para siempre (Gn. 5:21-24).

Tener comunión con el hombre es algo que le agrada tanto al Señor que planea para el más allá que aquellos que le han sido fieles en esta vida se sienten con Él en Su trono (Ap. 3:21).

Pero el santo Dios no se amolda en ninguna manera a los caminos pecaminosos del ser humano. Para poder vivir la comunión con Dios, el ser humano debe ser santo como Dios; y Cristo murió para hacer esto posible (Heb. 13:12). Si “Dios es luz (justicia) y en él no hay ninguna oscuridad (pecado)...si vivimos en la luz, así como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado” (1Jn. 1:5-7).

La comunión con nuestro Hacedor, Sustentador, Redentor y divino Amante es tan emocionante y satisfactoria que las cosas pecaminosas del mundo ya no son deseables—es decir, mientras mantengamos fuerte esa comunión.

F. Se produce un mejor fruto espiritual

En una de sus enseñanzas, Jesús comparó la relación que existe entre Él y los creyentes a la que existe entre la vid y sus ramas, donde el Padre celestial es el Jardinero que cuida del viñedo (Jn. 15:1-8).

Lo que al Jardinero le concierne es que las ramas lleven mucho fruto de buena calidad. Cuando una rama deja de dar fruto, la corta y la quema. Y si produce fruto, la poda para que lleve aún más fruto (v. 2). Una rama que lleva mucho buen fruto le da honor al Jardinero (v. 8). Y honra también a la Vid.

La rama pide y recibe todo lo que desea de la vid (v. 7). Pero ¿qué es lo que desea la rama de la vid? Sólo permanecer sólidamente adherida a ella, para recibir en abundancia su savia de vida, y para estar en esa posición donde la vid desea tenerla. Gracias a la sabia poda del Jardinero y a que la rama se mantiene aferrada constantemente, recibiendo la savia vital de la vid, se produce un abundante fruto bueno—no es por el esfuerzo abrumador de la rama, sino porque es su naturaleza dar fruto. Es lo mismo para el creyente que vive en Cristo.

El apóstol Pablo describe el fruto del Espíritu diciendo que es “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (Gá. 5:22-23). Es “en toda bondad y justicia y verdad” (Ef. 5:9). Estas cualidades glorifican al divino Jardinero y a la Vid, y dan clara evidencia de que somos cristianos verdaderos (Jn. 15:8).

## **CAPÍTULO 10**

### **LO QUE EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO NO HACE**

Un peligro que enfrentan los que reciben el bautismo del Espíritu Santo es que esperan resultados de esa experiencia que las Escrituras no enseñan. Satanás se goza en usar esas expectativas injustificadas para confundir a los creyentes y destruir su fe. Por esa razón es necesario enfatizar lo que el bautismo del Espíritu Santo no hace.

#### **A. No impide que seamos tentados**

Jesús, que jamás pecó, fue tentado. De hecho, fue el mismo Espíritu de Dios quien llevó a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo (Mt. 4:1).

Las Escrituras no dicen específicamente por qué Dios desea que los creyentes sean tentados. Pero hay pasajes como Romanos 5:4-5 y Santiago 1:2-4 que sugieren fuertemente que Dios permite las tentaciones para hacer crecer nuestro carácter. Nuestra resistencia a las tentaciones (mantenernos fieles a Dios en medio de ellas) también lo glorifica. Es más, muchos pecadores se han vuelto a Él porque han visto a los creyentes mantenerse fieles a Dios bajo la prueba. El tipo de automóvil que pasa fuertes pruebas es el tipo que atrae a los posibles compradores.

Ver a otros cristianos mantenerse firmes bajo el fuego también anima a otros creyentes a guardar la fe cuando están sufriendo.

Dios se agrada mucho cuando Sus hijos le son fieles (Job 1:8, 2:3).

Puesto que Jesús fue tentado estando en la tierra, Él nos entiende en nuestras tentaciones (Heb. 4:15). Y no sólo eso, sino que viene en nuestra ayuda cuando clamamos a Él mientras pasamos una prueba o tentación (Heb. 2:18). Y no permite que a Sus hijos les vengan pruebas mayores de las que puedan soportar (1Co. 10:13).

Nadie puede culpar a Dios, entonces, si cae en pecado mientras está bajo tentación. Tampoco puede echarle la culpa al diablo. El apóstol Santiago afirma que si pecamos es por nuestra propia falta (Stg. 1:13-15). Dice: “Que nadie, al ser tentado, diga: «Es Dios quien me tienta». Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen”.<sup>1</sup>

Desear algo no es malo en sí mismo. Jesús impidió que Sus tentaciones se convirtieran en maldad porque las rechazó apenas tomó conciencia de que ceder a ellas disgustaría a Dios. Uno puede pecar contra Dios al coquetear con una tentación aún si no tiene la intención de ceder a ella. Esto lo dejó Jesús muy en claro en Mateo 5:28.

#### **B. No nos hace tener juicios perfectos**

Para juzgar con perfección debemos conocer todos los hechos pasados, presentes y futuros, incluyendo los motivos, los deseos y los temores de todas las personas implicadas, manteniendo todo en un adecuado equilibrio. Sólo Dios puede hacer eso.

Ser santo hace que mejore mucho nuestro juicio pues remueve el giro pecaminoso de la mente que proviene de la naturaleza carnal. Pero todos los que vivimos en la carne nos haremos errores. La redención que Cristo proveyó para la humanidad pecadora no elimina los efectos no morales de la Caída en esta vida. Esto está reservado para el más allá. En esta vida, lidiamos con el pecado y con el restablecimiento de una correcta relación del corazón entre Dios y nosotros. Dios no exige que Su pueblo tenga la perfección del cielo o de Adán. Lo que demanda es que tengamos motivos correctos nacidos del amor puro.

Muchos creen que las fragilidades humanas no morales son “pecados”. Como la palabra “pecados” sugiere la idea de una desobediencia deliberada, otros prefieren llamarlas “errores”. Esta diferencia en la terminología marca una de las distinciones entre el

calvinismo y el arminianismo. John Wesley era arminiano y solía utilizar la palabra “pecado” para referirse a la desobediencia deliberada contra una ley conocida de Dios. Sin embargo, admitía que incluso aquellas infracciones a las leyes de Dios que no eran deliberadas debían ser cubiertas por la sangre de Cristo. Esto concuerda con Levítico 4:13-35. Concuerda también con el mandamiento de Jesús a los creyentes de que debían orar diciendo “perdónanos nuestras deudas”.

Esta diferencia entre el calvinismo y el arminianismo ha causado muchos malentendidos y ha hecho que ambos grupos se critiquen fuertemente. Los miembros de cada escuela de pensamiento harían bien en tratar de comprender esta diferencia y ser lentos para juzgar a los miembros de la otra escuela.

C. No hace que todos los cristianos sean iguales

Puesto que los hombres santos no son perfectos al juzgar (punto B anterior), ven las cosas diferentemente. Esto explica parcialmente la multiplicación de denominaciones dentro del cuerpo de Cristo.

Si observamos con cuidado la oración de Jesús por Sus discípulos en Juan 17 y las cosas que dijo en Juan 16, descubrimos que no pidió que todos los creyentes fueran de un mismo pensar. Su preocupación era que todos fueran uno en amor.

Algunos comentaristas del Nuevo Testamento le dan demasiada importancia a lo que suponen son diferencias teológicas entre Santiago y Pablo. Pero si no se estudian sesgadamente sus escritos, se descubre que enseñaron básicamente las mismas cosas pero desde distintas perspectivas. Aunque Pablo enfatiza demasiado la doctrina de la justificación por la fe solamente, concuerda con Santiago en que a menos que la conducta personal demuestre la fe que profesa, su fe profesada es falsa. En las cartas donde Pablo enfatiza particularmente la doctrina de la justificación por la fe solamente, las termina haciendo fuerte hincapié en las obras cristianas (véanse Ro. 12-16, Gá. 5-6, y Ef. 4-6). Por otro lado, Santiago no niega la necesidad de la fe. Simplemente pide que la fe que se profesa, se demuestre con obras.

Los comentaristas también le dan demasiada importancia a la supuesta división entre Pedro y Pablo luego del incidente en Antioquía (Gá. 2:11-21). Pero el Nuevo Testamento no dice nada de una separación. Por el contrario, cada vez que Pablo menciona a Pedro en sus escritos, lo hace con respeto y dignidad. Lo mismo podría decirse de Pablo y Bernabé después de que se separaron por una discusión sobre Juan Marcos (Hch. 15:36-41). Véanse las palabras de Pablo sobre Bernabé en 1 Corintios 9:6 y en Gálatas 2:1 y 9. Podemos estar seguros de que si tuviéramos algún escrito de Bernabé, veríamos también que tenía a Pablo en la misma alta estima en que Pablo lo tenía a él, porque Bernabé “era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo” (Hch. 11:24). Si bien Pablo exhortó a Pedro públicamente—y eso duele—Pedro evidentemente lo tomó por las buenas y corrigió su conducta. No fue rencoroso con Pablo y eso queda claro en su segunda carta cuando dice: “Tengan presente que la paciencia de nuestro Señor significa salvación, tal como les escribió también nuestro querido hermano Pablo, con la sabiduría que Dios le dio. En todas sus cartas se refiere a estos mismos temas. Hay en ellas algunos puntos difíciles de entender, que los ignorantes e inconstantes tergiversan, como lo hacen también con las demás Escrituras, para su propia perdición” (2P. 3:15-16).

¡Imagínense! ¡Dice que las cartas de Pablo son inspiradas (v. 15), las llama “Escrituras” (v. 16) y afirma que los que las distorsionan perderán su alma (v. 16)! Estas palabras no suenan a que tuviera algún resentimiento contra Pablo.

En cuanto a la desavenencia entre Pablo y Bernabé, más adelante Pablo llegó a apreciar muchísimo a Marcos, el sobrino de Bernabé (el desacuerdo había sido sobre Marcos). Poco antes de su muerte, Pablo le escribió a Timoteo: “Recoge a Marcos y tráelo contigo, porque me es de ayuda en mi ministerio” (2Ti. 4:11).

Los hombres santos pueden estar en desacuerdo sobre algunos asuntos prácticos y a veces incluso en puntos teológicos que no son esenciales. A veces deben pedirles perdón a Dios y a otras personas por sus errores. Pero no guardan rencor; se aman los unos a los otros.

D. No hace que cada persona realice milagros

Una ojeada rápida a los relatos del Nuevo Testamento sobre quienes recibieron el bautismo del Espíritu Santo, revela que los dones de sanidad y milagros fueron dados a sólo unos cuantos. De los aproximadamente 120 que estaban en el aposento alto en el día de Pentecostés, Pedro recibió dones que muchos de los demás no. Los dones espirituales los otorga el Espíritu “quien reparte a cada uno según él [el Espíritu] lo determina” (1Co. 12:11).

En el capítulo 11 se comenta más sobre los dones espirituales.

E. No hace que cada persona sea un evangelista

La evangelización es uno de los dones espirituales (Ef. 4:11). Los Once y algunos otros recibieron ese don, pero no hay evidencia de que todos los que estaban en el aposento alto lo recibieran.

En 1940, mi esposa y yo fuimos a la República Dominicana a servir como misioneros. Además de mis responsabilidades básicas como director y profesor en la escuela misionera, prediqué mucho. Sentí, y otros lo reconocieron, que durante esos años, Dios me ayudó mucho a evangelizar. Luego, en 1945, la salud deteriorada de nuestro tercer hijo nos forzó a regresar a los Estados Unidos.

Aunque hemos regresado a ese país muchas veces por asignaciones temporales, ese don especial de evangelización no lo volví a tener. Dios lo ha renovado para ocasiones especiales, pero ni yo ni los que me conocen bien creen que soy un evangelista. Aunque cada persona llena del Espíritu tiene un deseo profundo de ver convertirse a los pecadores, no todos tienen la misma capacidad para llevarlos a Cristo. Los dones especiales de muchas personas de Dios son en otras áreas de servicio.

F. No garantiza que un creyente que lo reciba se mantendrá emocionalmente en la cima

Los creyentes viven por fe (2Co. 5:7), no por lo que sienten. Aunque el gozo es uno de los aspectos del fruto del Espíritu (Gá. 5:22), ese gozo no burbujea constantemente en la vida de la superficie. El gozo cristiano, al igual que las corrientes marinas, corre en lo profundo. Muchas veces, las circunstancias tormentosas de la vida agitan la superficie. Pero el profundo sentido de que Dios está allí, el conocimiento de que nuestra mano está en la de Él, y el entendimiento de que “Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito” (Ro. 8:28), mantienen a nuestra alma confiada y gozosa incluso en medio de las pruebas. Los que estamos llenos del Espíritu podemos estar “atribulados en todo, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos; dondequiera que vamos, siempre llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús para que también su vida se manifiesta en nuestro cuerpo” (2Co. 4:8-11). Pero incluso durante las tormentas de la vida, el gozo se abre paso con frecuencia hasta la superficie.

G. No necesariamente nos prepara para asumir un mayor liderazgo en la iglesia

El apóstol Santiago advierte que la persona que enseña, no debe hacerlo sin haber sido bautizado antes por el Espíritu Santo (Stg. 3:1). Santiago denomina a este bautismo “la sabiduría del cielo” (3:17). Pero este bautismo por sí solo no lo prepara para asumir un mayor liderazgo. Un maestro también debe conocer a fondo el tema que va a presentar y es útil que tenga capacidad natural para enseñar. El mito de que cualquier cristiano está capacitado para impartir las clases de escuela dominical ha llevado a que en estas clases se combinen la ignorancia del maestro con la de los estudiantes. Muchas clases han fracasado porque el maestro no estaba preparado para enseñar.

Pablo recomienda que un recién convertido no sea nombrado anciano de la iglesia, “no sea que se vuelva presuntuoso y caiga en la misma condenación en que cayó el diablo” (1Ti. 3:6).

En una iglesia donde fui nombrado pastor, un recién convertido había sido nombrado superintendente de la escuela dominical por personas bien intencionadas de la iglesia. Pero no había desarrollado suficiente resistencia cristiana, y cuando ciertos maestros no le informaron que se ausentarían ni tampoco enviaron substitutes, se sintió muy ofendido, al punto de descorazonarse. Y cuando la escuela dominical, bajo su liderazgo, planeó una salida al campo y sólo la mitad de los feligreses asistieron al evento, no sólo renunció a la superintendencia sino que dejó de profesar la fe en Cristo. Hasta donde sé, no ha vuelto a profesar la fe desde entonces.

En la época antes de que se usaran máquinas para los cultivos, no se les ponía de inmediato el arnés a los potros jóvenes. Se esperaban al menos dos años para que aprendieran cómo eran las relaciones entre los caballos y los seres humanos. Aprendían mucho y desarrollaban fuerza simplemente porque se les permitía correr a sus anchas en los campos. Para entrenar a un potro de tres años, el granjero no lo ataba a ningún implemento. Más bien, empezaba poniéndole el arnés y atándolo a uno de los caballos estables de la granja. Así aprendía el significado de “arre” y “alto” y “vamos”. Poco a poco le aumentaba su responsabilidad hasta que estuviera listo para tomar su lugar como miembro regular del equipo.

Algunas personas tienen en forma natural más capacidad administrativa que otras. La “administración” es uno de los dones del Espíritu (1Co. 12:28). Idealmente, cada persona de la iglesia debe servir donde mejor pueda ejercer los dones que Dios le haya dado.

H. No hace que un creyente sea maduro

La madurez cristiana viene del crecimiento. El crecimiento en Cristo ocurre desde el momento en que nacemos de nuevo, pero se acelera después de que se eliminan las malas hierbas de la carnalidad del jardín del corazón. Sin embargo, la purificación que ocurre en el bautismo del Espíritu Santo no se debe confundir con el crecimiento. Es sólo una buena preparación para ese crecimiento.

La madurez cristiana no es una meseta a la que uno llega y donde uno se queda. El crecimiento continúa durante toda la vida. Puede incluso continuar después de la muerte—a lo largo de la eternidad. Los santos del cielo llegarán a ser muy parecidos a Dios pero jamás serán lo que Él es. Él es infinito (sin límites). Nosotros somos y siempre seremos finitos (con límites).

Todo creyente que no progrese hacia la semejanza de Dios está enfermo espiritualmente y necesita una revisión inmediata de parte del Gran Doctor.

En el capítulo 12 de este estudio se hablará mucho más sobre el crecimiento cristiano.

## CAPÍTULO 11

### LOS DONES DEL ESPÍRITU

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo se mencionan dones especiales para el servicio.

Bezalel, hijo de Uri, de la tribu de Judá, fue “llenado del Espíritu de Dios, de sabiduría, inteligencia y capacidad creativa para hacer trabajos artísticos en oro, plata y bronce, para cortar y engastar piedras preciosas, para hacer tallados en madera y para realizar toda clase de artesanías” para hacer el tabernáculo y su mobiliario (Ex. 31:1-5). Dios también le dio destreza a Aholiab, hijo de Ajisamac, de la tribu de Dan, para asistirlo. Hizo lo mismo con otros artesanos (Ex. 31:6-11). Otros dones de Dios en tiempos del Antiguo Testamento fueron dados a David, para planificar el templo (1Cr. 28:12, 19), a Asaf, Jedutún, Hemán y a otros para el canto y la música instrumental y para otras formas de servicio (1Cr. 25-27), a los profetas para la profecía, etcétera.

#### A. Lista de los dones espirituales

En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo menciona unos 18 o 19 dones espirituales (Ro. 12:6-8; 1Co. 12:7-10; 27-28; Ef. 4:11). Son:

#### Romanos 12:6-8

*Profecía*

*Servicio*

*Enseñanza*

*Ánimo*

*Dar de sus posesiones*

*Liderazgo*

*Mostrar misericordia*

#### 1 Corintios 12

*Apóstoles*

*Enseñanza*

*Ayudar a otros*

*Administración*

*Sabiduría*

*Conocimiento*

*Fe*

*Sanidades*

*Milagros*

*Discernimiento de espíritus*

*Lenguas*

*Interpretación de lenguas*

*Profecía*

#### Efesios 4:11

*Apóstoles*

*Enseñanza y pastoreo*

*Profecía*

*Evangelistas*

La variación en las listas sugiere que si Pablo hubiera mencionado de nuevo el tema, habría añadido otros.

En cuanto a su importancia, usualmente se coloca la profecía de primero. [Los profetas bíblicos pasaban mucho más tiempo exponiendo (predicando) que prediciendo (vaticinando)]. En 1 Corintios 12:27-28, Pablo parece listar los dones en orden de importancia: “Dios ha puesto, *en primer lugar*, apóstoles; *en segundo lugar*, profetas; *en tercer lugar*, maestros; *luego* los que hacen milagros; después los que tienen dones para sanar enfermos, los que ayudan a otros, los que administran y los que hablan en diversas lenguas” (la cursiva es mía).

#### B. No todos los que son bautizados por el Espíritu Santo reciben el mismo don

Hay quienes enseñan que la señal de haber sido bautizado con el Espíritu Santo es la capacidad de hablar en lenguas.

En el libro de Hechos, algunos que recibieron el bautismo del Espíritu Santo hablaron en lenguas y si hubo otros, no se mencionan. Evidentemente, Lucas enfatiza que algunos hablaron en lenguas para destacar que lo que les ocurrió fue lo mismo que les ocurrió a los 120 en el día de Pentecostés.

Las Escrituras contradicen enfáticamente la enseñanza de que todos los bautizados por el Espíritu hablan en lenguas. Pablo afirma: “A unos Dios les da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otros, por el mismo Espíritu, palabra de conocimiento; a otros, fe por medio del mismo Espíritu; a otros y por ese mismo Espíritu, dones para sanar enfermos; a otros, poderes milagrosos; a otros profecía; a otros, el discernir espíritus; a otros, el hablar en diversas lenguas; y a otros, el interpretar lenguas. Todo esto lo hace un mismo y único Espíritu, quien reparte a cada uno según él lo determina” (1Co. 12:8-11). Un poco después agrega: “¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones para sanar enfermos? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Acaso interpretan todos?” (vs. 29-30).

Aparentemente, Pablo tenía muchos dones espirituales, o quizás todos. Hablaba en lenguas (1Co. 14:18) pero no en la iglesia (v. 14:19). Afirmaba que al orar era mejor hacerlo en la propia lengua materna (vs. 14-15). Cuando hace la lista de los dones en orden de importancia, coloca las lenguas al final de la lista (1Co. 12:27-28) y exhorta a los lectores a “ambicionar los mejores dones” (v. 31).

#### C. El creyente debe buscar al Dador, no Sus dones

En vista de que Dios es soberano y concede los dones que Él determina, no debemos intentar ordenarle cuáles dones nos debe dar. Más bien, debemos buscar la llenura del Dador y agradecerle por cualquier don que, en Su sabiduría, considere es el mejor para nosotros. Y debemos buscar de todo corazón utilizarlos “para el bien de los demás (1Co. 12:7) y para la gloria eterna del divino Soberano.

#### D. Capacidades naturales versus dones espirituales

Cuando se repasa la lista de los dones espirituales, se nota que muchos de ellos se parecen a los dones naturales que Dios le concede a mucha gente antes de nacer de nuevo. Están, por ejemplo, la enseñanza, el ánimo, el compartir las posesiones, la administración, la sabiduría y el conocimiento. Cuando una persona que posee esos dones en forma natural es bautizada en el Espíritu Santo, sus capacidades aumentan. Se motivan tanto que su capacidad natural se convierte en un don útil y brillante en las manos del Todopoderoso, que puede usar para Su gloria y para el bien de la humanidad.

Otros dones, como la profecía, la fe, las sanidades, los milagros, la capacidad de interpretar las lenguas, el apostolado y la evangelización no son dones naturales sino que son otorgados directamente por el Espíritu en el momento en que el creyente es bautizado en el Espíritu Santo, o después.

El don del pastoreo puede ser el don natural de tener interés y preocupación por la gente, mezclado con grandes porciones de dones de sabiduría, conocimiento, profecía (predicación), enseñanza, administración, fe y evangelización. Bajo el control del Espíritu Santo e inspirada por Él, una persona así puede llegar a ser un eficaz “pastor del rebaño de Dios” (1P. 5:2).

El Espíritu le puede dar un don particular a un creyente para un momento específico o para una necesidad, pero luego se lo puede retirar o volverlo temporalmente inoperante.

Aunque Pablo poseía el don de sanidad, dejó enfermo en Mileto a Trófimo, uno de sus colaboradores (2Ti. 4:20).

Algunos dones espirituales (por ejemplo, el conocimiento) se pueden fortalecer por una aplicación diligente de parte del creyente. Si no intenta agrandarlos, el creyente puede perder las capacidades que tiene (Mt. 25:28-29; Lc. 19:24-26).

Uno de los dones que muchos evitan, pero que Jesús tenía en alta estima, es el don del servicio. Casi todo creyente tiene este don en una u otra forma. Algunos no tienen el amor por otros que hace que el servicio sea eficaz. El bautismo del Espíritu Santo imparte la humildad y el amor que hacen la diferencia. Jesús dijo que el servicio era una señal de grandeza (Mt. 18:1-5; 20:20-27), y Él mismo fue un resplandeciente ejemplo (Jn. 13:1-17; Mt. 20:28).

En realidad, el área del servicio tiene muchas aplicaciones. Cuando uno escoge una profesión por amor a Dios y amor a la gente, quizás incluya el servicio en áreas como la medicina, la ley, la enseñanza y otras profesiones. La motivación para realizar el trabajo hace la diferencia.

## CAPÍTULO 12

### EL CRECIMIENTO CRISTIANO

En este estudio se ha hablado ya sobre la importancia del crecimiento cristiano, pero el tema es de tal trascendencia que merece un mayor énfasis en este momento.

No olvidaré fácilmente la impresión que tuve cuando todavía era un joven y acompañé a mis padres, que eran miembros laicos de la iglesia, a una casa donde sólo el padre de familia asistía a nuestra iglesia rural. La razón fue evidente de inmediato. En una cuna yacía su hija de dieciséis años que nunca se había desarrollado ni física ni mentalmente.

Cuando somos testigos de tragedias humanas así, nos sentimos profundamente conmovidos. Extrañamente, sin embargo, la mayoría de nosotros es indiferente al hecho de que muchos creyentes en Cristo han madurado poco a lo largo de los años. Si recordamos que el cuerpo humano no vive más de unas cuantas décadas mientras que el espíritu vivirá para siempre, no es necesario preguntarse cuál tragedia es mayor.

A. El crecimiento es responsabilidad del creyente mismo. El crecimiento físico lo determinan mayormente los genes, y por tanto, está mayormente fuera del control humano. Pero la Biblia sí responsabiliza a los creyentes de su crecimiento espiritual. Esto lo vemos porque los pasajes que hablan del crecimiento espiritual lo hacen en forma de mandatos: “Crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2P. 3:18); “Deseen con ansias la leche pura de la palabra, como niños recién nacidos; así por medio de ella, crecerán en su salvación” (1P. 2:2). Pasajes como éstos parecen implicar que los creyentes maduran a la misma velocidad con que estén dispuestos a poner de su parte.

Cada persona nacida del Espíritu debe nacer en condición perfecta. Pero a veces las parteras (consejeros) apuran a los fetos espirituales a venir rápidamente al mundo (profesión de fe). El resultado no es un nacimiento, sino un aborto. Este tipo de persona nunca perdura. Muchos otros que nacen en perfecta condición desarrollan defectos espirituales.

En el nacimiento físico, los adultos jamás dejan a los infantes moverse solos. Los atienden muy de cerca, solventando cada necesidad. Y así debe ser con los recién convertidos y con los que han sido recién bautizados en el Espíritu. Si aparecen anomalías, los nuevos cristianos deben ser llevados en brazos de la oración al Doctor del alma. Los cristianos maduros deben llevar también las cargas unos de otros para “cumplir con la ley de Cristo” (Gá. 6:2).

Puesto que el crecimiento cristiano es responsabilidad de cada creyente, veamos las cosas que inducen ese crecimiento.

1. Un sólido inicio. El apóstol Pablo indica qué es un buen inicio: “Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” (2Co. 5:17). Con el nuevo nacimiento ocurre un cambio fundamental en el ser de la persona. Ahora ama a Dios. Ahora ama Su palabra. Ahora ama al pueblo de Dios. La voluntad de Dios es su deleite. El deseo de aquello que pueda interferir entre él y el Salvador desaparece.

Pablo afirma que “el Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16). Y el apóstol Juan dice esencialmente la misma cosa: “El que cree en el Hijo de Dios acepta este testimonio” (1Jn. 5:10).

El testimonio de Dios de que somos hijos Suyos es muy importante, pues ¿quién, sino Dios, sabe eso con certeza—Dios y la persona a quien Él le testifica?

A muchos que buscan a Cristo se les insta a “creer por fe”, cuando en realidad deberían ser animados a esperar hasta que Dios les dé paz en su alma. La fe no es algo que una persona pueda desarrollar por esfuerzo propio; es “un don de Dios” (Ef. 2:8). Nadie puede creer para salvación a menos que Dios lo ayude (Jn. 6:44). Mucho de lo que hoy se llama “fe” es una presunción. Muchos han profesado ser cristianos cuando jamás han vivido un cambio de corazón.

2. Una comunión íntima con el pueblo de Dios. En ninguna parte del Nuevo Testamento se promueve una religión solitaria. Así como un bebé recién nacido moriría si se le deja solo, todo bebé en Cristo debe estar rodeado de amor, tiernos cuidados y consejos sabios de cristianos más maduros en la fe.

Esto le otorga importancia a la asistencia a servicios de adoración con otros creyentes. “No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca” (Heb. 10:25).

No obstante, la comunión con el pueblo de Dios no se debe limitar a los servicios. Todo creyente, especialmente el recién convertido, debe tratar de entablar estrecha amistad con otros de su mismo sexo para orar y recibir consejos. Al menos uno de ellos debe ser un cristiano maduro.

Muchos han puesto de pretexto que no aprenden nada nuevo cuando asisten a los servicios de la iglesia. Muchos estudiantes universitarios de la década rebelde de los sesenta dijeron eso. Quizás haya algo de verdad en eso—aunque muchos de esos estudiantes revelaron en sus exámenes de clases bíblicas que no tenían muchos conocimientos básicos.

El valor de asistir a los servicios de adoración no es primeramente aprender cosas nuevas. Es recordar constantemente las cosas básicas. Todos los creyentes necesitamos eso. El apóstol Pedro dijo: “Por eso siempre les recordaré estas cosas, por más que las sepan y estén afianzados en la verdad que ahora tienen. Además, considero que tengo la obligación de refrescarles la memoria mientras viva en esta habitación pasajera que es mi cuerpo... También me esforzaré con empeño para que aun después de mi partida ustedes puedan recordar estas cosas en todo tiempo” (2P. 1:12-15). Si no se nos recuerdan frecuentemente los principios básicos de la vida cristiana, tendemos a olvidarlos.

3. La lectura devocional de las Escrituras. Cuando uno recorre caminos desconocidos, la mejor manera para no perderse es estudiar el mapa con frecuencia y seguir sus instrucciones cuidadosamente. La Biblia es el mapa de Dios y fue diseñada para mostrarle a la humanidad cómo lograr todo lo posible de la vida y cómo llegar al cielo. Al respecto, el salmista dijo: “Tu palabra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero” (Sal. 109:105).

Jesús contó la historia de un hombre rico que murió y, al verse en el infierno, suplicó que un pobre cristiano que también había muerto, fuera resucitado para que pudiera ir a reconvenirles a sus cinco hermanos de que le entregaran su corazón al Señor. No quería que ellos llegaran al lugar de tormento donde él estaba. Se le dijo: “Ya tienen a Moisés y a los profetas [las Escrituras escritas antes de cuando Jesús dio la parábola]; ¡que les hagan caso a ellos!... si no les hacen caso a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque alguien se levante de entre los muertos” (Lc. 16:27-31).

El que camina al cielo descubre a veces que la senda es escabrosa y empinada. El astuto tentador, sabiendo que el ser humano desea viajar por el camino más cómodo posible, ha ideado desviaciones ocasionales que llevan a ellas carreteras que corren casi paralelamente al camino al cielo, pero que gradualmente conducen hacia la destrucción. En

el libro “El Progreso del Peregrino” de John Bunyan, Cristiano y Esperanza intentan tomar uno de esos desvíos de Satanás. Tras dormir una noche en los terrenos del Gigante Desesperación, éste los aprisiona en su castillo. Sólo por la gracia de Dios logran luego escapar.

Muchos de los miembros de las iglesias tienen al menos una Biblia, pero parece que la mayoría muy rara vez la lee. En consecuencia, al no conocer el camino que Dios ha designado en Su Palabra, cada uno sigue el camino que le parece mejor a sus propios ojos (Prov. 14:12). Ya que la vida se vive una sola vez, recorrer el camino equivocado es un desastre. Así que es extremadamente importante estudiar con cuidado y seguir con fidelidad el mapa del camino divino. Uno no debe atreverse a confiar en direcciones que dan las personas a lo largo del sendero. La bendición de Dios le es otorgada a la persona “que en la ley del Señor se delita, y día y noche medita en ella” (Sal. 1:1-2).

4. Mucha oración. La oración es al alma lo que la respiración es al cuerpo. Pablo escribió: “Oren sin cesar” (1Ts. 5:17). Aunque hay momentos en que la mente no está conscientemente en oración, el cristiano que está verdaderamente vivo, se mueve en una atmósfera de oración. Ora apenas despierta, y la oración está en sus labios cuando cae dormido. Ora cuando enfrenta un problema. Ora cuando lucha con la dificultad. Profiere una oración cuando agradece que el problema se haya resuelto. Ora pidiendo la iluminación del Espíritu cuando lee la Biblia. Busca la guía de Dios cuando aconseja a otros. Le pide ayuda a Dios cuando ora. Con frecuencia intercede por la iglesia y los perdidos del mundo. Ora, pidiendo fortaleza cuando la tentación lo atrae. Respira una oración de adoración cuando piensa en la grandeza de Dios y en Sus obras. Le agradece a Dios Sus exhortaciones y Sus liberaciones. La oración, al igual que el amor, se eleva continuamente desde el corazón del creyente a Dios. Bien lo dice James Montgomery:

*La oración es el aliento vital del cristiano  
El aire natural del cristiano*

Para que nuestro corazón vaya a Dios continuamente en oración, debemos dedicar largos ratos a la oración a solas. Mientras más oremos, más amaremos orar.

5. Una aplicada obediencia. El salmista dijo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu Ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8 RV). La razón por la que el salmista se deleitaba en la voluntad de Dios era porque Dios había puesto Su ley en su corazón.

Dios enfatizó ese fenómeno por medio del profeta Ezequiel cuando escribió: “Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne” (Ez. 36:25-27).

Jesús dijo: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra” (Jn. 4:24). Cuando Dios toma posesión de nuestro corazón, nos deleitamos en hacer Su voluntad.

Sin embargo, la obediencia a Dios no es automática, incluso para la persona llena del Espíritu. Satanás tienta al creyente a desobedecer a Dios, así como hizo con Jesús en el desierto. En esas ocasiones la voluntad humana, recordando lo que es la voluntad de Dios, debe tomar el control y negarse a considerar los engaños que le ofrece el diablo. Ceder a Satanás hasta en lo mínimo hace flaquear el alma.

Cuando el problema ataca, la fe es puesta a prueba. Es fácil en esos momentos escuchar la mentira de Satanás de que Dios ha dejado de amarnos y nos ha retirado Su bondad.

Dios tiene un gran propósito al permitir que Sus hijos vivan problemas. Santiago nos exhorta a regocijarnos cuando nuestra fe es puesta a prueba “pues la prueba de su fe produce constancia, y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada” (Stg. 1:2-4).

Así que la voluntad de Dios es convertirnos en los cristianos maduros que debemos ser, y Él utiliza las pruebas (problemas) para lograr ese fin. El apóstol Santiago nos muestra esa verdad tan claramente, que en realidad podemos gozarnos cuando nos llegan los problemas.

Pablo habla de lo mismo en Romanos 5:3-5. Dice: “[Nos regocijamos] en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda”.

La meta que Dios tiene en mente para nosotros es alcanzable porque “ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado” (v. 5).

Santiago afirma que para enfrentar el problema en forma positiva necesitamos sabiduría de lo alto, la cual recibiremos si se la pedimos a Dios en fe (1:5-8).

Para entender lo que Santiago quiere decir por “sabiduría de lo alto” debemos leer el capítulo 3 de su epístola, donde la describe. La sabiduría que viene de lo alto, “es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera” y lleva a una cosecha de justicia (vs. 17-18).

¡Qué parecido con el fruto del Espíritu que Pablo menciona en Gálatas 5:22-23! Si Santiago hubiera querido indicar que “sabiduría” es lo que típicamente entendemos por ese término (el más alto uso del conocimiento adquirido por las experiencias propias y de los demás), la habría descrito en términos intelectuales. Pero la describe en términos morales: “pura, pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial y sincera”. Y se recibe no por la experiencia, sino directamente del cielo por medio de la fe (Stg. 1:5-6). El creyente que desea la sabiduría que viene de arriba, “pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie” (Stg. 1:5-6). El Padre se deleita en otorgar esta sabiduría (el Espíritu Santo) a los que se lo piden (compárese con Lc. 11:13).

Por consiguiente, tanto Pablo como Santiago nos dicen que para enfrentar la prueba con éxito debemos ser llenos del Espíritu. También nos dicen que enfrentar la prueba con éxito realmente nos hace progresar hacia la madurez cristiana.

6. Dar gracias en todo. La Biblia nos habla de “dar gracias en toda situación” (1Ts. 5:18). Esto no significa que debemos estar felices por todo lo que ocurre en el mundo (asesinatos, violaciones, guerras, pestes, etc.), sino que debemos dar gracias por todo lo que Dios permite que nos ocurra. Muchas veces debemos dar gracias no porque vemos de inmediato su utilidad, sino porque sabemos que nuestro amante Padre está permitiendo que eso ocurra para fines que sólo Él conoce, pero que siempre son para nuestro bien (Ro. 8:28). Dios no actúa primeramente para la felicidad presente de Su pueblo, aunque nos da mucha—más bien actúa para nuestro bien eterno. El divino Soberano tiene maneras para producir gran bien aún en medio de aparentes tragedias. Si amamos a Dios genuinamente y nos ajustamos a Sus propósitos para nosotros en la mejor manera que nos es posible, tenemos todo el derecho de creer lo que dijo el escritor del canto: “Las nubes que tanto tememos están llenas de misericordia”. Algunas cosas que son enigmas en esta tierra se esclarecerán en el más allá.

En el relato de Mateo de cuando Jesús calmó las olas del Mar de Galilea, Jesús regañó a los discípulos por ser incrédulos *antes* de haber calmado los vientos y las olas (Mt.

8:25-26). El salmista reveló su confianza en el Señor cuando le dijo: “Cuando siento miedo, pongo en ti mi confianza” (Sal. 56:3). Pero Isaías reveló su confianza aún mejor cuando dijo: “¡Dios es mi salvación! Confiaré en él y no temeré” (Isa. 12:2).

Jesús se afligió tanto por la falta de confianza de los que lo rodeaban que en una ocasión dijo: “¡Ah, generación incrédula y perversa!... ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes?” (Mt. 17:17). A él le deleitaba hallar confianza verdadera. Se asombró de hallarla en un centurión romano y les dijo a los que lo seguían: “Les aseguro que no he encontrado en Israel a nadie que tenga tanta fe” (Mt. 8:10). “Sin fe es imposible agradar a Dios” (Heb. 11:6). Esto es porque no creer en lo que Dios promete es como decir: “Señor, tus intenciones son buenas pero no eres capaz de hacerlo”, con lo que se impugna Su poder. O es como decir: “Mientes cuando dices eso”, lo cual impugna Su veracidad (Su fidelidad, Su carácter). ¿Debe extrañarnos, entonces, que a Dios no le agrade nuestra falta de fe?

Dios no le seguirá confiriendo Su gracia a quien dude de Su palabra. Esa persona se marchitará y morirá, porque se habrá separado a sí mismo del Dador de la Vida.

Muchos cristianos ya mayores le agradecen hoy a Dios las lecciones de confianza que Él les enseñó durante el difícil período de la crisis financiera de 1929. Esas lecciones les permitieron confiar cuando más adelante cuando pasaron por problemas aún mayores.

Así como es necesario el descanso físico para un crecimiento físico adecuado, así también un descanso total en las promesas de Dios contribuye a un fuerte crecimiento espiritual.

7. Usar al máximo los dones de Dios. Todo creyente tiene capacidades dadas por Dios que debe ejercer si desea crecer adecuadamente.

Anteriormente en este estudio dijimos que casi todos los creyentes tienen el don del servicio (Ro. 12:7). Muchos, sin embargo, hacen poco uso de él a menos que de una u otra forma sean honrados por hacerlo.

Jesús enseñó que los grandes creyentes se inclinan voluntariamente a servir con humildad (Mt. 18:1-5, 20, 20-28). Y Él mismo se puso de ejemplo la noche antes de Su crucifixión (Jn. 13:1-17), con un acto supremo de servicio por todos.

Sus discípulos y Él se habían reunido para celebrar la Pascua judía. No había sirvientes presentes para realizar la tarea acostumbrada de lavarles los pies de los invitados al salir de las calles polvorientas. ¿Quién realizaría esa tarea?

Creo que Pedro volvió a ver a Santiago; Santiago miró a Bartolomé y Bartolomé a Felipe. Nadie quería hacer el trabajo que realizaba el sirviente más inferior de una casa. Cada uno deseaba proteger su dignidad. Sólo las personas pequeñas se sienten así; la dignidad de los grandes no pende de un hilo tan delgado.

Jesús sabía que Él era grande. Sabía que el Padre había puesto todo debajo de Sus pies (Jn. 13:3a). También conocía su propio “pedigrí”: Había venido de Dios (v. 3b). Conocía Su grandeza futura: Regresaría a Dios (v. 3c). Realizar la tarea más inferior no afectaba negativamente Su dignidad. Así que se levantó, se quitó el manto, se arrolló una toalla alrededor de la cintura y vació agua en un cuenco. Luego empezó a lavarles y secarles los pies a Sus discípulos. Esto los avergonzó; pero aún así ninguno ofreció substituirlo en esa tarea.

Al principio, Pedro se rehusó a que Jesús le lavara los pies. Ante esto, Jesús le dijo algo muy importante. Se lo dijo a Pedro, pero nos atañe a todos nosotros hoy día. No le dijo: “A menos que lave tus pies”, sino “Si no *te* los lavo, no tendrás parte conmigo”. Necesitaban limpiar su corazón de ese orgullo pecaminoso que les impedía realizar servicios inferiores cuando éstos fueran necesarios. La necesidad inmediata era lavarles los

pies. Pero la necesidad más profunda era el lavamiento interior del pecado original. Ya habían sido limpiados de la corrupción de los pecados cometidos (v. 10b, Jn. 15:3) pero necesitaban una limpieza más profunda que vino a ellos el día de Pentecostés (Hch. 15:8-9). Necesitaban lo que los santos de Tesalónica necesitaban: ser limpios por completo (1Ts. 5:23). Necesitaban ser hechos grandes a los ojos de Dios (Lc. 22:24-27). Hay personas que están deseosas de servir en el programa, pero buscan excusas fáciles para no servir en el comité de limpieza.

La oración intercesora es un servicio muy necesario que está abierto a todos los creyentes. No usar los dones que Dios nos ha dado para darle gloria a Él genera pérdidas incontables para el reino de Dios, y lleva al desagrado eterno de Dios (Mt. 25:28-29; Lc. 19:26). El que usa sus dones al máximo, no sólo recibirá una rica recompensa, sino que crecerá en su capacidad de servir. El que esconde los dones del Señor será empobrecido para siempre.

Toda persona debe recordar que los dones que posee no son propios, sino que le fueron dados por el Maestro para ser usados. Esto es cierto de cualquier don, sea una posesión material, una capacidad personal, tiempo o cualquier otra cosa.

8. Guardar los sacramentos con veneración. La mayoría de las iglesias protestantes aceptan dos sacramentos que Jesús les pidió a los creyentes obedecer: el bautismo en agua y la Santa Cena. Los no creyentes no tienen obligación de guardarlos a menos que se arrepientan y vengan a la fe durante su ejercicio. Ningún sacramento tiene poder redentor en sí mismo. Los creyentes no los ejercen porque tengan un poder salvífico, sino porque creen que Jesús les ordenó guardarlos. Para recibir valor espiritual de ellos, deben celebrarlos a conciencia y con reverencia. Guardarlos sin sinceridad es hipocresía y lleva al juicio de Dios que vendrá sobre el pecador (Ap. 21:8, 27, 22:15; 1Co. 11:27-30).

El bautismo es un testimonio público delante del mundo, donde el creyente afirma que ha muerto al pecado y ha resucitado a una nueva vida en Cristo. La Santa Cena es una conmemoración frecuente, un recordatorio del sufrimiento y muerte de Jesús por los pecados del hombre.

No obedecer un mandato de Jesús es desobediencia. Así como deben guardarse las leyes morales del Antiguo Testamento para no empequeñecer el alma (Mt. 5:19), así guardar los sacramentos con una actitud correcta estimulará el crecimiento cristiano. Esto no es meramente porque uno obedezca al Señor al hacerlo, sino porque por la observancia adecuada se recibe una gracia especial del Señor.<sup>1</sup>

9. Rechazar las tentaciones de inmediato. Cuando un creyente se hace viejo y reflexiona sobre las experiencias de su vida, toma conciencia de las muchas trampas que Satanás puso a sus pies y de las cuales escapó por la gracia de Dios.

Incluso cuando uno escapa de una primera tentación, debe tener cuidado de no caer en una segunda. Esto sucede cuando no rechazamos por completo la primera tentación. Coquetear con una tentación después de tomar conciencia de su naturaleza maligna es algo que aflige al Señor. Es mucho mejor alejarse siempre de la tentación, tal como hizo Jesús. Rechazar inmediatamente la atracción de la tentación fortalece al creyente y produce crecimiento espiritual. No hacerlo genera culpa y debilita el alma. Conociendo nuestras debilidades, Jesús nos enseñó a orar: “No nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno” (Mt. 6:13).

10. No confundir la tentación con el pecado. Satanás es astuto. Si no nos puede seducir con la tentación, nos atormentará con el pensamiento de que incluso ser atraídos por la tentación es pecado. Puesto que la tentación viene con frecuencia, el diablo ama decirnos

que nuestro corazón seguramente es perverso, porque de lo contrario la tentación no tendría fuerza. Es verdad que perseverar en la fascinación de un deseo pecaminoso luego de que el Espíritu ha susurrado una advertencia, está peligrosamente cerca de convertirse en pecado (véase “9” anterior). Pero la tentación en sí misma no es un pecado. Si lo fuera, Jesús habría sido pecador, puesto que “fue tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado” (Heb. 4:15). Si Satanás nos puede hacer creer que hemos pecado, puede por lo mismo traer desánimo, haciéndonos perder la fe, lo cual sí es pecado. Una tentación jamás llega a ser pecado a menos que con el consentimiento de la voluntad de la persona, ésta actúe conforme a ella. Pero el deseo puede llevar al pecado (Stg. 1:15). Así que es importante que aprendamos a distinguir entre la tentación y el pecado. Hacerlo nos librá de mucho dolor y estimulará el crecimiento.

11. Usar al Abogado de los creyentes. El apóstol Juan escribió en su primera carta que es posible para los creyentes no pecar del todo. No obstante, si caemos en el pecado, nos recuerda que tenemos un Abogado divino que intercede ante el Padre—Jesucristo, el Justo (1Jn. 2:1).

Esta verdad consuela: puesto que Él nos ama tanto que dio su vida por nosotros, está deseoso de ayudarnos a reparar nuestra relación rota con Dios. Es más, el Padre “amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Está deseoso de perdonar a Sus hijos que caen en pecado y se arrepienten de verdad.

Un creyente debe evitar el pecado fácil (ceder a la tentación sólo porque Dios está dispuesto a perdonar). En primer lugar, Dios conoce el corazón, y perdona sólo a quienes se arrepienten de verdad. El que cede fácilmente a la tentación revela de esa manera la insinceridad de su corazón. La ira de Dios arde en contra de quienes se burlan de Él. En segundo lugar, el que ama verdaderamente al Señor procura cuidadosamente no pecar contra Aquel que pagó tan alto precio para redimir a los pecadores. El que cede frecuentemente a la tentación no crece.

12. Reconocer la soberanía de Dios sobre nuestras posesiones. Todas las cosas buenas le pertenecen a Dios (Sal. 50:10-12, Stg. 1:17). Somos Sus mayordomos y Él nos permite usar lo que necesitamos para nosotros mismos. Pero para mantener Sus ministerios especiales en la tierra, y para enseñarle mayordomía a Su pueblo, Él instituyó el diezmo (la devolución de una décima parte de nuestro ingreso).

Hay quienes dicen que dar el diezmo no se enseña en el Nuevo Testamento. No se enfatiza, pero Jesús dijo que debíamos darlo (Mt. 23:23).

Pensándolo bien, nuestra meta debería ser darle a Dios más de una décima parte. Dios nos ha dado mucho más de lo que les dio a los israelitas del Antiguo Testamento: tenemos al Salvador. Tenemos al Espíritu Santo. Tenemos la iglesia. Tenemos el Nuevo Testamento. Tenemos al menos una Biblia en casa—o podríamos tenerla. Tenemos himnos cristianos y cantos de alabanza. La lista es interminable. Por pura gratitud debíamos darle a Él todo lo que podamos. Muchos creyentes testifican que mientras más le dan a Dios, más Él los bendice y más crecen sus almas. Ser avaro con Dios empequeñece el alma.

Al dar, no debemos pasar por alto las caridades, porque: “Servir al pobre es hacerle un préstamo al Señor; Dios pagará esas buenas acciones” (Prov. 19:17). ¡El Señor paga grandes dividendos!

13. Cumplir nuestros votos. Los votos son promesas hechas a Dios o en Su presencia—Dios está en todas partes. Se deben considerar sagrados. Dios así los considera. Me sorprendió descubrir cuánto se enojó Dios contra el rey de Judá por no cumplir su

juramento político con el perverso rey de Babilonia (Ez. 17:11-18). ¡Imaginen qué ha de sentir ante las promesas de tantos políticos de hoy día!

Cada vez es más común que las parejas hagan votos de matrimonio y luego los traten con ligereza. Jamás se pretendió que el matrimonio fuera un ensayo; es algo para toda la vida. Dios odia el divorcio (Mt. 2:16). Cuando los cónyuges se tratan uno al otro con respeto amoroso, su matrimonio florece y sus almas crecen. “Cuando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo, porque a Dios no le agradan los necios. Cumple tus votos. Vale más no hacer votos que hacerlos y no cumplirlos” (Ec. 5:4-5).

Es posible hacer un voto que no sea consecuente con las enseñanzas de la Biblia. Cuando descubrimos esa inconsistencia debemos confesarle a Dios nuestra impulsividad y buscar Su perdón. Saulo de Tarso hizo un voto impulsivo. “Respiró amenazas de muerte contra los discípulos del Señor” (Hch. 9:1) y tuvo que renunciar a esos votos a fin de ponerse a derecho con Dios. Pero todos los votos que no violan lo que la Biblia enseña, son sagrados y deben cumplirse. Hacer eso promueve el crecimiento cristiano.

14. Guardar como sagrado el Día del Señor. Tan pronto Dios concluyó la obra de la creación, estableció el shabat (Gn. 2:2-3). Más tarde renovó el shabat con el pueblo de Israel (Ex. 20:8-11; Dt. 5:12-15). “Shabat” significa “descanso”. Dios sabía que era bueno para el ser humano y para los animales domésticos de trabajo que tuvieran un día a la semana para descansar. El shabat también permitió que hubiera tiempo para estar en familia. Proveyó el espacio para que las personas meditaran sobre la grandeza y bondad de Dios y sobre Sus obras creativas y Su providencia. Les dio tiempo para reunirse y recordarse unos a otros Sus mandamientos y promesas.

El shabat original era el último día de la semana. Para los cristianos, el shabat es el primer día de la semana. Muchos han preguntado por qué se modificó el día, ya que no hay un mandamiento alusivo en el Nuevo Testamento. Pero el Nuevo Testamento da la clave.

Recordemos primeramente que los primeros cristianos eran judíos, y que no habrían cambiado el día sin tener una buena razón. Hechos 20:7 y 1 Corintios 16:2 sugieren fuertemente que los cristianos del primer siglo adoraban los domingos. Otros escritos extra-bíblicos de la época respaldan esta visión.

Hechos 1:3 nos dice que Jesús resucitó de entre los muertos, se les apareció a Sus discípulos por un período de cuarenta días y les habló del reino de Dios. No se dice mucho de qué hablaron pero es interesante notar que después de esto, Sus seguidores empezaron a reunirse el primer día de la semana.

La creación es maravillosa. Adorar a Dios como el Creador es algo que debe continuar y continuará en el cielo (Ap. 4:11). No debemos tampoco olvidar adorar a Dios por Su maravillosa providencia (Dt. 5:15; Sal. 107). Pero lo más grande que Dios ha hecho por el ser humano es redimirlo de su condición perdida a causa de sus pecados. La muerte expiatoria de Jesús por el ser humano el Viernes Santo llegó a su clímax muy temprano el siguiente domingo, cuando resucitó triunfante sobre el pecado, Satanás y la muerte, y les garantizó a quienes pongan en Él su confianza una vida eterna. Apocalipsis 5:9-14 nos muestra que esto también se celebra en el cielo: “¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!” Todos los seres humanos le deben a Él adoración sincera.

Es evidente que el mismo Jesús cambió el shabat de sábado a domingo, pero Él tenía todo el derecho de hacerlo. Al igual que el Jehová del Antiguo Testamento (1Co. 10:1-4) estableció el shabat (Gn. 2:2-3; compárese con Jn. 1:1-3, Col. 1:16-17; Heb. 1:10-

12), y es el Señor del shabat (Mt. 12:8). Cada semana, al celebrar el shabat el domingo se recuerda vívidamente Su muerte expiatoria y Su resurrección.

Los domingos deben guardarse sagradamente para nuestro Señor. El domingo es el “día del Señor”, no el nuestro. Los que sinceramente deseen crecer como cristianos harían bien en permitir que todo lo que hagan el domingo sea para la gloria y honra de Cristo. Aunque cada día debe vivirse de esa forma (1Co. 10:31), el domingo debe vivirse en manera especial. Hacerlo promueve grandemente el crecimiento cristiano.

15. Vestir, hablar y actuar en una forma que honre al Señor. Dios honra a quienes lo honran a Él (1 S. 2:30).

16. Declarar públicamente que uno es cristiano y del Señor. Esto debe ser así aunque lleve a la persecución (Jn. 15:20, Mt. 5:11-12). Es de temer que Jesús se avergüence de nosotros (Mc. 8:38). Si declaramos ser de Cristo y de lo que es correcto, veremos un rápido crecimiento espiritual.

## CAPÍTULO 13

### LA ÚLTIMA PERFECCIÓN

Es imposible para quienes aún estamos del lado mortal de la existencia, describir adecuadamente, o siquiera imaginar, las perfecciones que Dios planea para Su pueblo en el más allá. Así que para no caer en el error de una especulación sin bases, mucho de este capítulo se tomará directamente de las Escrituras.

Las imperfecciones, tanto morales como no morales, son producto de la Caída y serán quitadas completamente cuando Cristo regrese. “Ya no habrá maldición” (Ap. 22:3). Así que ninguna parte de la tierra será improductiva y no producirá “cardos y espinas” (Gn. 3:18). Los animales ya no tendrán temor del ser humano (Gn. 9:2) ni entre sí.

“El lobo vivirá con el cordero,  
el leopardo se echará con el cabrito,  
y juntos andarán el ternero y el cachorro de león,  
y un niño pequeño los guiará.  
La vaca pastará con la osa,  
sus crías se echarán juntas,  
y el león comerá paja como el buey.  
Jugará el niño de pecho  
junto a la cueva de la cobra,  
y el recién destetado meterá la mano  
en el nido de la víbora.  
No harán ningún daño ni estrago  
en todo mi monte santo,  
porque rebosará la tierra  
con el conocimiento del SEÑOR  
como rebosa el mar con las aguas.” (Is. 11:6-9)

“Ya no somos esclavos temerosos y serviles, sino que debemos comportarnos como los mismos hijos de Dios, pues hemos sido adoptados en el seno de Su familia y lo llamamos “Padre, Padre”. Porque Su Espíritu Santo nos habla a lo profundo de nuestro corazón y nos dice que en verdad somos hijos de Dios. Y puesto que somos Sus hijos, compartimos Sus tesoros—porque todo lo que Dios le da a Su Hijo Jesús es ahora nuestro también. Pero para compartir Su gloria, también debemos compartir Su sufrimiento. Pero nada de lo que ahora sufrimos se compara con la gloria que Él nos dará después... Pues toda la creación espera con paciencia y esperanza el día futuro cuando Dios resucitará a Sus hijos. Pues en ese día los cardos y espinas, el pecado, la muerte y el deterioro—las cosas que le sobrevinieron al mundo contra su voluntad por orden Dios—desaparecerán y el mundo a nuestro alrededor compartirá con nosotros la gloriosa libertad del pecado que disfrutarán los hijos de Dios. Porque sabemos que aún las cosas de la naturaleza, como animales y plantas, sufren enfermedades y muerte mientras esperan este gran suceso. E incluso nosotros, los cristianos, aunque tenemos el Espíritu Santo dentro de nosotros como un anticipo de la gloria futura, también gemimos por la liberación del dolor y el sufrimiento. Nosotros también esperamos ansiosamente ese día cuando Dios nos dará nuestros derechos completos como Sus hijos, incluyendo cuerpos nuevos tal como nos prometió—cuerpos que jamás volverán a enfermar ni morirán” (Ro. 8:15-23, NTV).

“Cristo amó la iglesia y se dio por ella para santificarla y purificarla por el lavamiento de agua mediante la palabra, a fin de presentarse a Sí mismo una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable” (Ef. 5:25-27)

“Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar. Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido. Oí una potente voz que provenía del trono y decía: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios!» Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir. El que estaba sentado en el trono dijo: «¡Yo hago nuevas todas las cosas!» (...) No vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo. La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbrén, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Las naciones caminarán a la luz de la ciudad, y los reyes de la tierra le entregarán sus espléndidas riquezas. Sus puertas estarán abiertas todo el día, pues allí no habrá noche. Y llevarán a ella todas las riquezas y el honor de las naciones. Nunca entrará en ella nada impuro, ni los idólatras ni los farsantes, sino solo aquellos que tienen su nombre escrito en el libro de la vida, el libro del Cordero. (...) Luego el ángel me mostró un río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, y corría por el centro de la calle principal de la ciudad. A cada lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce cosechas al año, una por mes; y las hojas del árbol son para la salud de las naciones. Ya no habrá maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad. Sus siervos lo adorarán; lo verán cara a cara, y llevarán su nombre en la frente. Ya no habrá noche; no necesitarán luz de lámpara ni de sol, porque el Señor Dios los alumbrará. Y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap. 21:1-5, 22; 22-27:1-5).

¿Qué más se puede decir? Estos pasajes lo dicen todo y con la autoridad de la palabra inspirada de Dios. En resumen, toda maldad, tanto moral como no moral, será quitada para siempre de la tierra, y será confinada a las regiones de lo perdido. Todo esto ha sido posible por la muerte expiatoria de Cristo.

En vista de estas cosas, el apóstol Juan da el siguiente sabio consejo: “Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. Todo el que tiene esta esperanza en Cristo se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1Jn. 3:2-3). Y el apóstol Pablo añade un pequeño consejo práctico: “Manténganse firmes e incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano” (1Co. 15:58).

## APÉNDICE A

### PREGUNTAS RELACIONADAS CON EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

A veces surgen preguntas sinceras sobre el bautismo del Espíritu Santo. A continuación hay algunas a las que les damos respuesta.

1. ¿Una persona nacida de nuevo debe ser bautizada con el Espíritu Santo para poder entrar al cielo?

Sí. Nadie impuro puede entrar allí (Ap. 21:8, 27; 22:15). La naturaleza carnal contamina ese lugar santo.

El creyente que camina siempre cerca de Dios vivirá muy pronto esta experiencia purificadora, especialmente si está en un entorno donde se enseñan claramente la necesidad y la naturaleza de esa vivencia. Sin embargo, sin importar cuáles sea su trasfondo, un creyente no podrá caminar con Dios por mucho tiempo sin percibir dentro de sí mismo la presencia de un espíritu contrario al Espíritu de Cristo. Consecuentemente, su alma empezará de inmediato a clamarle a Dios por la liberación de ese mal. Si persevera en obedecer totalmente todo lo que Dios revela, Jesús le dará esperanza y seguridad. Él dijo: “Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre, y él les dará otro Consolador para que los acompañe siempre: el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque vive con ustedes y estará en ustedes” (Jn. 14:15-17). ¡Eso es el bautismo del Espíritu Santo!

El versículo 23 del mismo capítulo de Juan ofrece una promesa aún más preciosa. Allí Jesús añade que el Padre y Él también vivirán con el hijo que obedece a Dios.

Un creyente que antes de morir no tuvo tiempo para que el Espíritu le mostrara en la Palabra la necesidad de purificación y la provisión que Dios ha hecho para eso, al igual que los infantes que fallecen, sin duda será limpiado por Dios del pecado original antes de que su alma entre al cielo. Ninguna persona que haya nacido de nuevo genuinamente y que camine en toda la luz que Dios le da, dejará de entrar al cielo. Ese tipo de persona pertenece al reino del cielo (compárese con Mt. 18:3 y 19:14).

¿Debe preocuparse el creyente por el bautismo del Espíritu Santo? Sí, por supuesto. Si la persona se preocupa de mantener la mejor relación posible con Dios y de prepararse lo mejor posible para el servicio y para el cielo, anhelará todo lo que Dios le revele como Su voluntad. Que la purificación completa es la voluntad de Dios para el creyente se observa en afirmaciones bíblicas como las siguientes: “Por eso también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, sufrió fuera de la puerta de la ciudad” (Heb. 13:12); “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable” (Ef. 5:25-27); “En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien” (Tit. 2:11-14); “Dios no nos llamó a la impureza, sino a la santidad; por tanto, el que rechaza estas instrucciones no rechaza a un hombre, sino a Dios, quien les da a ustedes su Espíritu Santo” (1Ts. 4:7-8).

Si leemos la Palabra de Dios diariamente, como deben hacerlo los cristianos sinceros, ¿cómo podríamos no ver esta gran verdad? Si la vemos y la consideramos

ligeramente o nos oponemos a ella en nosotros y en otros, como han hecho algunos, nos estaremos rebelando contra el propósito de Dios. ¿Podemos caminar en rebelión contra la voluntad revelada de Dios y ser salvos al mismo tiempo? Si Dios expulsó a Satanás y a sus ángeles del cielo cuando se rebelaron contra Él, ¿nos permitirá ingresar al cielo si caminamos en rebelión contra Él? “El que rechaza estas instrucciones no rechaza a un hombre, sino a Dios, quien les da a ustedes su Espíritu Santo” (1Ts. 4:8). “¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?” (Heb. 2:3)

2. ¿Puede uno perder la experiencia del Espíritu Santo sin perder también el nuevo nacimiento?

Eso depende. La llenura del Espíritu se retiene tal como se adquiere: por fe. Uno puede dudar de la llenura del Espíritu pero seguir creyendo por fe en la relación de la justificación. Pero la fe, en cualquier caso, no puede existir si uno peca deliberadamente contra Dios. Sin importar qué creamos que es el nuevo nacimiento—somos nacidos del Espíritu (Jn. 3:5)—o del bautismo del Espíritu Santo, el Espíritu es dado “a quienes le obedecen” (Hch. 5:32). La palabra “obedecer” está en tiempo presente.

Si uno pierde la relación de la justificación, debe acudir rápidamente al Abogado que Dios les ha provisto a los que caen para buscar la restauración (1Jn. 2:1-2). Si el creyente lleno del Espíritu duda de esa llenura, ese asunto también debe llevarlo al Abogado. Confesarle a Él la incredulidad y pedir el perdón de Dios a la vez que se cree en un nuevo bautismo del Espíritu Santo, traerá la restauración total.

3. ¿Cómo puede uno distinguir entre las características carnales, tales como el enojo, los celos y el orgullo, y esas mismas características luego de que son purificadas de la carnalidad?

Tomemos el caso del enojo. El enojo carnal implica la urgencia de ser violento o de vengarse en alguna manera de la persona o cosa que nos ha ofendido. Al enojo santificado a veces se le llama indignación justa. Arde ante el mal cometido, a la vez que desea el bien para quien ha cometido el hecho. Cuando los judíos acechaban a Jesús para ver si sanaría a un hombre con la mano paralizada el día sábado, Él los miró “enojado y entristecido por la dureza de su corazón” (Mc. 3:5). Lo que le causó pesar fue el corazón endurecido.

En general, se puede decir que cualquier enojo, orgullo, celos o cualquier otra emoción que sea expresión de la devoción a Dios, de la justicia y del amor por los demás, brota de un corazón puro. Es carnal cuando nace de deseos egoístas.

4. Saber que es libre de la carnalidad, ¿promueve orgullo en el creyente?

Permítanme contestar esto haciendo otras preguntas relacionadas: ¿Eliminar las malas hierbas del jardín, promueve el crecimiento de malas hierbas? ¿Destruir todos los roedores de una casa promueve la multiplicación de los mismos allí? ¿Por qué, entonces, habría de promover orgullo en el corazón la limpieza del corazón de toda carnalidad? El hecho es que es el corazón no santificado el que siente orgullo carnal. El corazón que es purificado siente una profunda humildad delante de Dios y de los hombres.

5. ¿Es posible que una persona santificada por completo peque?

La santidad no hace que sea imposible que la persona peque ni impide que pase por tentación. Jesús fue tentado en toda forma, así como nosotros—pero sin pecado (Heb. 4:15). Es más, en lugar de evitar la tentación, nos pone en la mira de los dardos de Satanás. Pero Dios no dejará que el creyente sea tentado más allá de lo que pueda soportar (1Co. 10:13).

## APÉNDICE B

### AFIRMACIONES BÍBLICAS QUE GENERAN DUDAS SOBRE LA POSIBILIDAD DE SER LIBERADO DEL PECADO

En este estudio nos hemos concentrado en pasajes bíblicos que apoyan firmemente la tesis de que por medio de Cristo el creyente es liberado de la esclavitud del pecado. Sin embargo, algunas afirmaciones de la Biblia parecieran sugerir que lo opuesto es lo correcto. Debemos analizarlas. Si en verdad no existe liberación del pecado en esta vida, deberíamos resignarnos a nuestra suerte y simplemente contentarnos con ser y hacer lo mejor que podamos.

Pero Dios no miente (Tit. 1:2), ni es Él el autor de la confusión (1Co. 14:3, RV). El Dios de la verdad no se contradice. Creemos que cuando las Santas Escrituras se traducen e interpretan correctamente, revelan a un Dios que provee la gracia necesaria para que Su pueblo viva una vida santa.

Los siguientes pasajes han sido problemáticos para algunos.

**1 Reyes 8:46** (véase también 2Cr. 6:36): “Cuando pequen contra ti (pues no hay hombre que no peque)”. Varios traductores (véanse la RV, la traducción de J.M. Powis Smith y la NTV) traducen la primera palabra (*ki*) de este versículo como “si”, en lugar de “cuando”. La conjunción “si” le da a la frase menos alcance (menos universalidad) que la palabra “cuando”. “Cuando” implica que todo el pueblo de Dios pecará, mientras que “si” sugiere que quizás no lo hará.

He batallado con la segunda parte de la afirmación de Salomón: “pues no hay hombre que no peque”. Esto parece ir en contra de pasajes del Antiguo Testamento como el Salmo 37:37 (“Observa a los que son íntegros y rectos”), Génesis 6:9 (“Noé era un hombre justo y honrado entre su gente; siempre anduvo fielmente con Dios”) y Job 1:1 y 2:3, donde a Job se le llama “recto e intachable” (¿llama Dios “rectos e intachables” a los que practican el pecado?). Sobre esta expresión de Salomón, Adam Clarke comenta que debe traducirse así: “Pues no hay hombre que no haya pecado... La verdad es que el idioma hebreo no tiene un modo para expresar el caso permisivo u optativo, así que utiliza el futuro para ese modo...”,<sup>1</sup> el tiempo que se utiliza en nuestro texto hebreo. Esa traducción es aceptable, pues conserva la veracidad de Dios y la verdad de muchas enseñanzas del Nuevo Testamento.

**Job 14:4**: “¿Quién de la inmundicia puede sacar pureza? Job profiere estas palabras cuando discute que el destino del ser humano está predestinado; sus días son pocos y avanza inevitablemente hacia la muerte; por tanto Dios debe tratarlo con misericordia y sin esperar mucho de él. Puesto que el hombre es mortal (sujeto a la muerte), en ese mismo sentido es impuro.

Esta afirmación, sin embargo, no cuestiona la capacidad de Dios de hacer justo al hombre pecador.

**Proverbios 20:9**: “¿Quién puede afirmar: «Tengo puro el corazón; estoy limpio de pecado»?” La respuesta anticipada es: “Nadie”. Pero en ninguna parte de la Biblia se dice que una persona pueda limpiar su propio corazón; sólo Dios puede hacer puro el corazón del hombre. Pero *puede*.

**Eclesiastés 7:20**: “No hay en la tierra nadie tan justo que haga el bien y nunca peque.” Aquí el escritor parece haber tenido en mente la amplia definición de pecado al proferir estas palabras. Esa definición abarca debilidades humanas como lapsos de memoria, juicios errados y poco entendimiento. Esos son efectos no morales de la Caída y

no serán eliminados en esta vida. Pero Dios trata con los pecados propiamente dichos, incluso en esta vida (Tit. 2:11-14).

La gracia que Dios les concede a Sus hijos obedientes y de confianza es suficiente para evitar que caigan en pecado, porque “Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, él les dará también una salida a fin de que puedan resistir” (1Co. 10:13). Esto incluye tentaciones en las áreas del pensamiento, los deseos y el habla, como también las tentaciones de cometer pecados más explícitos.

Judas también sabía que Dios puede “guardarlos [a los cristianos] para que no caigan, y establecerlos sin tacha y con gran alegría ante su gloriosa presencia” (Jud. 24).

Cuando pecamos no podemos culpar de ello a Dios o a las circunstancias, y tampoco al diablo. Santiago nos enseña que es por nuestra propia falta (Stg. 1:13-15).

Algunos de nosotros somos volubles. Aceptamos por un segundo, o incluso un minuto, que Dios puede guardarnos del pecado. Pero rechazamos de plano la idea de que nos pueda ayudar a no pecar por todo un día. Pero si Él nos puede guardar por un segundo, ¿por qué no habría de hacerlo por todo un día? ¿Por un año? ¿Por cincuenta años? “¿Acaso hay algo imposible para el Señor?” (Gn. 18:14). El Señor es capaz de hacer que Sus siervos estén firmes (Ro. 5:2, 14:4).

**Isaías 64:6:** “Todos nosotros éramos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Biblia Jubileo 2000). El verbo “éramos” indica que hubo un tiempo en que la situación era distinta. Pero aplicar el versículo en forma universal, excepto cuando el pueblo de Dios había caído como lo hizo Judá, es un error. Observemos el contexto del versículo. El profeta está hablando de una nación de personas que han caído: “Nadie invoca tu nombre, ni se esfuerza por aferrarse a ti”. Ciertamente, la “justicia” de ellos es solamente de obras humanas, las cuales Dios no acepta.

**Romanos 3:10:** “No hay un solo justo, ni siquiera uno”. Analizar una afirmación sin hacer referencia a su contexto suele llevar a una interpretación errada. Así ocurre en este caso. En los pasajes del Antiguo Testamento que Pablo cita (Sal. 14 y Sal. 53), lo que se describe es a una persona necia. Un necio, dice, es aquel en cuyo corazón “no está Dios”. Son hacedores de maldad (Sal. 53:2-3). El salmista no espera que su afirmación se aplique universalmente, lo cual se nota en el versículo 4 cuando dice: “¿Acaso no entienden todos los que hacen lo malo, los que devoran a mi pueblo como si fuera pan? ¡Jamás invocan al Señor!” Hace la distinción entre los que hacen lo malo y “mi pueblo”. Así que “mi pueblo”, el pueblo de Dios, no está entre los necios que describe.

En Romanos, donde Pablo inserta esta cita, el apóstol muestra cuán necesaria es la salvación que Cristo logró por el mundo. El mundo gentil estaba completamente corrompido por el pecado (Ro. 1:18-32), así que necesitaba desesperadamente la salvación. También los judíos, aunque tenían la Ley, no la estaban cumpliendo, por lo que, a fin de cuentas, no estaban en mejor condición que los gentiles. Ambos grupos estaban perdidos y requerían el evangelio (las buenas nuevas de la salvación en Cristo). Eso significaba que todo el mundo estaba perdido (3:9b-20). Fue en ese contexto donde dijo: “No hay un solo justo, ni siquiera uno”.

Jesús vino a salvar a Su pueblo de sus pecados (Mt. 1:21)—no *en*, ni *a pesar de*, sino *de* los pecados. Por eso, aquellos a quienes Él hace nuevas criaturas (2Co. 5:17), no están entre los necios que dicen “No hay Dios”.

**Romanos 7:14-24:** “Yo soy meramente humano, y estoy vendido como esclavo al pecado. No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco...”

Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo...Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la ley de Dios; pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo”. Muchos que leen estos versículos arriban a esta conclusión: “Si esa fue la experiencia del apóstol Pablo, ¿cómo puedo esperar que yo lo haré mejor?”

Nuevamente, el contexto de estas declaraciones no debe pasarse por alto. En Romanos, capítulos 5-8, Pablo señala las gloriosas consecuencias y las solemnes responsabilidades del que es justificado por la fe. En medio de su insistencia de que un hijo de Dios es librado del poder del pecado y debe conducirse acorde con esa gran verdad (Ro. 6-8), se detiene a revisar su propia antigua esclavitud al pecado y cómo llegó a la gloriosa libertad que Dios les otorga a los que están en Cristo. (Su esclavitud la describe en 7:7-25 y su liberación en 7:25a y 8:1-17).

Hay quienes objetan esta interpretación. Puesto que habla de su experiencia en tiempo presente, afirman que está hablando de la lucha contra el pecado que experimentaba en el momento en que escribió la carta. Eso, nos dicen, es la norma que se debe esperar de cualquier creyente mientras viva en un cuerpo físico.

Pero Pablo utiliza aquí el tiempo presente para hacer el relato más gráfico, así como solemos hacerlo nosotros, especialmente cuando nos emocionamos por la experiencia que estamos relatando.

Por ejemplo, recuerdo vivamente una cabaña de troncos en Illinois donde nuestra familia vivió cuando yo era niño. Estaba construida contra las inclemencias del tiempo y se le habían añadido más dormitorios. No había césped en el patio así que en la primavera se volvía un lodazal pegajoso. Mamá nos había puesto a mi hermano y a mí la regla de no jugar a la pelota en el patio cuando hubiera puesto a secar la ropa recién lavada. Pero un día lo “olvidamos” y antes de darnos cuenta, la bola lodosa había ensuciado una de las sábanas blancas. Y aquí llega mamá—la veo venir. Corta una rama bastante grande del arce más cercano y la alista para usarla. Earl, por ser el mayor, recibe el castigo primero; luego me toca a mí.

Al recordar esta experiencia, ¿pueden ver cómo algo que ocurrió hace más de setenta años, me hace fácilmente pasar de verbos en pasado a verbos en presente? Eso es lo que hizo Pablo en el capítulo 7 del libro a los Romanos.

Las declaraciones del Nuevo Testamento hacen imposible creer que estaba describiendo su propia experiencia cristiana. Algunas de ellas están en el contexto mayor del pasaje que estamos analizando.

En primer lugar, Pablo declara enfáticamente en el capítulo 6 que el que ha nacido de nuevo ya no es esclavo del pecado. En el versículo 6 afirma: “Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado”. En el versículo 11 añade: “De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús”. Sin embargo, en el capítulo 7, versículos 14-24, Pablo no da indicios de estar libre del pecado o de estar vivo para Dios.

Algunos enseñan que el verbo “considerarse” significa que el creyente no está en verdad muerto al pecado, pero aún así se supone que se considera a sí mismo muerto. Nosotros no morimos al pecado, dicen, excepto por medio de nuestro Representante. En cualquier forma, es difícil reconciliar esta interpretación con la declaración que hace Pablo de que Dios “condenó al pecado en la naturaleza humana, a fin de que las justas demandas

de la ley se cumplieran en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa, sino según el Espíritu” (Ro. 8:3-4). En el 6:18 dice también: “En efecto, habiendo sido liberados del pecado, ahora son ustedes esclavos de la justicia.”

Por “cuerpo pecaminoso” (6:6) no alude al cuerpo físico; el contexto no lo permite. Veamos, por ejemplo, el versículo 12: “Por lo tanto, no permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal”. Cuerpo “mortal” es el cuerpo físico, y los cristianos de Roma aún vivían dentro de sus cuerpos físicos. De otra manera, Pablo no podría haberles escrito. Por “cuerpo pecaminoso” él se refería al ser carnal, a la naturaleza pecaminosa con la que nacemos todos. Cristo no vino a destruir nuestro cuerpo físico sino a redimirlo junto con todo el reino de la naturaleza (Ro. 8:18-23). “El Hijo de Dios fue enviado para destruir las obras del diablo” (1Jn. 3:8).

Otra razón por la que es imposible lógicamente concluir que, en Romanos 7:7-24, Pablo estuviera presentando la norma cristiana mientras se está en el cuerpo mortal, es la victoria que describe en el capítulo 8. En el 7:7-24, Pablo siempre está derrotado, siempre condenado por causa del pecado. Pero al pasar al capítulo 8 (originalmente no había divisiones por capítulos), Pablo encuentra la esperanza que había atisbado en el 7:25a. En el capítulo 8, iniciando en el versículo 1, dice: “ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús, pues por medio de él la ley del Espíritu de vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte”. Y en los versículos 9 y 10 dice: “Ustedes...viven... según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios vive en ustedes... si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu que está en ustedes es vida a causa de la justicia”. “Los que viven según la naturaleza pecaminosa no pueden agradar a Dios” (8:8).

Algunos que creen que el bautismo del Espíritu Santo es una segunda obra instantánea de gracia por medio de la fe, afirman que en Romanos 7:7-24, Pablo está escribiendo sobre sí mismo después de haber nacido de nuevo pero antes de haber sido santificado por completo. Esto también es una doctrina imposible de aceptar debido al claro contraste entre su condición derrotada del capítulo 7 y su victoria en el capítulo 8. En el capítulo 7 siempre está derrotado, siempre condenado. Si esa es la experiencia de alguien que ha nacido de nuevo, entonces yo he leído incorrectamente el Nuevo Testamento. Dice que “si alguno está en Cristo es una nueva creación” (2Co. 5:17). Lo viejo no ha pasado aún para Pablo en Romanos 7:7-24. Sigue practicando continuamente el pecado. Sin embargo, el apóstol Juan declara que “ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado” (1Jn. 3:9). Pablo había hallado el camino a la victoria en el 7:25a, y estaba viviéndolo en Romanos 8:1-11. Había conocido a Cristo en el camino a Damasco (Hch. 9).

En Romanos 7:7-24, como un sincero fariseo, estaba tratando de vivir a la altura de la Ley, pero hallaba que era imposible por la naturaleza pecaminosa que reinaba en su corazón. Pero cuando escribió la Epístola a los Romanos, ya había recibido personalmente lo que los cristianos de Roma disfrutaban. Lo expresa en el 6:17-18: “Gracias a Dios que, aunque antes eran esclavos del pecado, ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida. En efecto, habiendo sido liberados del pecado, ahora son ustedes esclavos de la justicia”.

**Santiago 3:2:** “Todos fallamos mucho.” Sin duda no somos perfectos. Pero los errores no son pecados en el sentido de ser aberraciones morales. Los errores causan vergüenza y remordimiento, pero no nos hacen sentir culpables delante de Dios, al menos no en el sentido que lo hacen las transgresiones deliberadas. Uno experimenta

remordimiento cuando los errores hacen sufrir o caer a otros, o cuando desacreditan el nombre y la causa de Aquel que nos llamó a ser Sus hijos.

Los errores se llaman “pecados inadvertidos” en el Antiguo Testamento. Requieren expiación (Lv. 4) pero no son, estrictamente hablando, pecados (evidencias de rebelión).

La respuesta adecuada de parte nuestra cuando descubrimos que hemos pecado inadvertidamente es volvernos al Señor de inmediato, pedir Su perdón y buscar la gracia que nos permitirá evitar volver a cometer esos errores. Debemos también pedir el perdón de cualquier persona a quien hayamos perjudicado. Los errores no son aberraciones morales en sí mismos, pero pueden llegar a serlo si no se corrigen apenas se descubren. Dios no nos acusa o culpabiliza de algo que hayamos hecho sin saber que estaba mal (Ro. 4:15, 5:13).

Pero en Santiago 3:1, el escritor no trata solamente los pecados inadvertidos, sino que habla de aquellos pecados que nacen de una condición errada del corazón. A esa condición la llama “sabiduría”. Pero es una sabiduría terrenal, opuesta a la celestial. Hace que nazcan “envidias amargas y rivalidades en el corazón” (v. 14). Es “terrenal, puramente humana y diabólica” (v. 15). Produce “envidias...confusión y toda clase de acciones malvadas” (v. 16).

Usualmente pensamos que la sabiduría es el uso adecuado del conocimiento—algo intelectual. Pero Santiago habla de una sabiduría que tiene características morales. Su “sabiduría terrenal” es la naturaleza carnal con la que todos nacemos.

En contraste con la sabiduría terrenal, Santiago habla de la sabiduría que “desciende del cielo” (v. 17). Notemos la naturaleza moral de sus características: es primeramente “pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera” y produce “el fruto de la justicia” (vs. 17-18).

Para obtener esta “sabiduría” celestial, uno debe pedírsela a Dios que “da a todos generosamente sin menospreciar a nadie”. Y debe pedirla con fe (1:5-8).

Estas características hacen recordar la descripción que da Pablo del fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23). La forma en que se recibe también trae a la mente las palabras de Jesús en Lucas 11:9-13, donde Jesús dice que debemos pedirle a Dios el Espíritu Santo porque Él se deleita en concederlo (v. 13).

**1 Juan 1:8:** “Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad”. Muchos creen que hay una contradicción entre los versículos 8 y 9. Ningún incrédulo puede decir a conciencia: “No tengo pecado”, pero cuando uno confiesa sus pecados y renuncia a ellos, Dios lo perdona. De igual forma, cuando uno confiesa su naturaleza carnal ante Dios y clama por purificación, Dios lo purifica de toda injusticia. Cuando toda injusticia es quitada del corazón, la persona es pura. Así que para el momento en que aparece el versículo 9, la condición de la que se habla en el versículo 8 ha sido cancelada.

Históricamente, Juan tenía a los gnósticos en mente cuando escribió esta epístola. La palabra “gnóstico” viene de un término griego que significa “conocer”. Los gnósticos reclamaban tener un conocimiento superior al que poseían otras personas.

Eran dualistas. Es decir, enseñaban que todo en el universo caía dentro de dos entidades o categorías: espíritu y materia. Decían que las cosas materiales eran malas, mientras que las espirituales eran buenas. Eso implicaba que el cuerpo humano era malo pero el espíritu humano era bueno. La conclusión lógica de esta postura que el Yo (el alma o el sí mismo) no era pecaminosa. El pecado, afirmaban, era inherente al cuerpo humano, que era malo. Puesto que el alma era la persona real y el cuerpo era sólo la morada donde residía el alma, el Yo no era pecaminoso. Esto, por supuesto, significaba que no

necesitábamos una expiación. En el versículo 8, Juan dice que todo el sistema es una mentira.

Puesto que los gnósticos creían que el alma (el yo) no era pecaminosa, les era fácil adoptar la postura de que el cuerpo podía involucrarse activamente en toda clase de inmoralidades, mientras que el alma (la persona misma) seguía siendo limpia o inocente. Juan declara que esto es un flagrante error. Dice: “El que afirma: «Lo conozco», pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad” (1Jn. 2:4).

El pecado es una característica moral y espiritual y le pertenece a la parte espiritual del ser humano. El cuerpo humano, aparte del alma, no es más pecaminoso que el papel en el cual escribo.

Hoy día, muchas personas aceptan parte de la filosofía gnóstica cuando dicen que no podemos ser libres del pecado mientras vivamos en estos “cuerpos pecaminosos”. Pero el apóstol dice que “Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio... Jesucristo... se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien” (Tit. 2:11-14). Notemos que la vida justa es para el tiempo presente—mientras aún vivimos en nuestros cuerpos.

**Filipenses 3:12.14:** “No es que ya lo haya conseguido todo, o que ya sea perfecto. Sin embargo, sigo adelante esperando alcanzar aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó a mí. Hermanos, no pienso que yo mismo lo haya logrado ya. Más bien, una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús”. Aún no he escuchado un sermón basado en este texto donde el presentador interprete correctamente lo que Pablo está diciendo.

Primeramente, uno debe preguntarse: “¿Qué es lo que Pablo no ha obtenido?” El versículo que está inmediatamente antes nos lo dice: “la resurrección de entre los muertos” (v. 11). ¿Cómo se aclara la discusión cuando uno se toma la molestia de ver de qué es lo que está diciendo! Lo que anhela es la perfección de la resurrección.

Pero este pasaje suele interpretarse como que Pablo no había llegado a ese alto estado de gracia que enseñaba era posible para los cristianos en esta vida. Que nosotros, al igual que Pablo, le hemos fallado a Cristo en muchas formas en el año que termina (normalmente este sermón se predica en Año Nuevo) y que, al igual que el apóstol, debemos olvidar todos nuestros errores pasados y tratar más arduamente de evitar pecar en el año que está por empezar.

Algo de este consejo es válido, pero la interpretación y la aplicación no lo son.

¿En verdad Pablo no profesaba haber alcanzado un alto estado de gracia? Les escribió a los tesalonicenses: “Dios y ustedes me son testigos de que nos comportamos con ustedes los creyentes en una forma santa, justa e irreprochable” (1Ts. 2:10). A los filipenses les escribió: “Hermanos, sigan todos mi ejemplo, y fíjense en los que se comportan conforme al modelo que les hemos dado” (Fil. 3:17). Y les añade: “Pongan en práctica lo que de mí han aprendido, recibido y oído, y lo que han visto en mí, y el Dios de paz estará con ustedes” (Fil. 4:9). ¡Nunca he escuchado a un cristiano de hoy presentarse como un ejemplo así de perfecto!

Incluso en el contexto del pasaje que estamos analizando, Pablo insinúa que él y otros cristianos que conoce han alcanzado un muy alto nivel de perfección en su caminar con Cristo. Dice: “Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra

cosa sentís, esto también os lo revelará Dios” (Fil. 3:15 RV). En el original, el término (*teleos*) que se traduce como “perfectos” es una forma de la misma palabra que se traduce como “perfecto” en el versículo 12. Algunos traductores modernos usan el término “maduros” cuando el contexto lo permite. Pero usualmente, en otros contextos se traduce como “perfectos”.

En realidad, Pablo está reconociendo que el Nuevo Testamento habla de dos niveles de perfección. El primero es el nivel que Dios espera que los creyentes alcancen en esta vida. Es la perfección *cristiana*. El otro nivel es la perfección de la *resurrección*. Al igual que Pablo, nosotros podemos vivir un nivel mientras avanzamos hacia el otro (cf. 1P. 1:5, 9).

Si un niño del jardín infantil hace una gran labor acorde con lo que se espera de su nivel de educación, la maestra le pone un “100” en la hoja de calificaciones. Pero el nivel de expectativa es mucho menor que lo que se esperará de él más adelante; por ejemplo, si saca una maestría en filosofía. Así que la Biblia a veces tilda de “perfecto” al nivel de expectativa de Dios para nosotros en esta vida, aunque está muy por debajo de la perfección de Dios o de la perfección que experimentaremos en el cielo. La perfección cristiana es un estándar que Dios coloca para nosotros mientras vivimos en este mundo pecador, con mentes y cuerpos debilitados por la Caída.

**1 Timoteo 1:15:** “Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”. Es fácil deducir a partir de este versículo que Pablo era un pecador tan grande que la victoria sobre el pecado era algo imposible para cualquiera.

Pero observemos que inmediatamente de decir que él era el primero de los pecadores, añade: “Dios fue misericordioso conmigo”. Un pecador a quien se le otorga misericordia, recibe perdón de Dios y no debe ya considerarse pecador. Es ahora una nueva creación. Ya no es pecador, está en Cristo. “¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” (2Co. 5:17)

Antes de su conversión, Pablo persiguió fanáticamente a los cristianos (Hch. 8:1-3) y encuentra que eso es difícil de olvidar. Se siente muy avergonzado de su pasado. En la intensidad de su emoción, recurre al tiempo presente del verbo, tal como hizo en Romanos 7:7-24.

En otro contexto, habla de sus días antes de ser creyente en términos un tanto diferentes. Dice: “Admito que yo soy el más insignificante de los apóstoles y que ni siquiera merezco ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios” (1Co. 15:9). Sin embargo, no parece haber estado pensando en su sórdido pasado cuando se refirió a su apostolado: “Pero considero que en nada soy inferior a esos «súper-apóstoles» (2Co. 11:5).

He enseñando las epístolas paulinas en universidades más de veinticinco veces, y las he enseñado a otros grupos varias veces. Como punto de partida siempre utilicé Hechos 7:58. Y cada vez que se acercaba el final del curso, me invadía el impacto de la vida de este gran apóstol, haciéndome inclinar el rostro en asombro reverente y con un sentido de reproche personal. Dios tomó al “peor” de los pecadores y lo convirtió en uno de los mayores santos del mundo.

Así que en los pasajes estudiados en este Apéndice, no hallamos una refutación de la gloriosa doctrina de que Jesús salva a Su pueblo de sus pecados. Más bien, descubrimos que todas las Escrituras apuntan al mismo mensaje glorioso: “En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro

gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien” (Tit. 2:11-14).

Suponer que el pecado no puede ser quitado en esta vida es deshonrar la obra expiatoria de Cristo, quien estableció el Nuevo Pacto. Hebreos 8-10 declaran que el Viejo Pacto no podía quitar el pecado, ¡pero el Nuevo Pacto puede y lo hace!

¡Aleluya!

## NOTAS

### *Capítulo 1*

1. Las siguientes escrituras también tocan este tema: Apocalipsis 2:26, 3:21, 5:10 y 22:5.

2. Aquí interesa una teoría que sostienen varios estudiosos de la Biblia. Génesis 1:2 afirma que la tierra, luego de ser creada, estaba “desordenada y vacía”. Algunos cuestionan que Dios haya hecho algo imperfecto. Sugieren que pudieron haber pasado millones de años entre el los dos primeros versículos de Génesis, y que la tierra estaba desordenada y vacía porque hubo varios grandes cataclismos que destruyeron su forma y contenido originales. Opinan que el cataclismo ocurrió cuando Dios echó a Satanás y sus ángeles del cielo (Lc. 10:18, Ap. 12:7-9). Esta teoría, conocida como la Teoría de la Brecha, abre espacio para creer que la tierra tiene miles de millones de años de antigüedad.

La Teoría de la Brecha la respalda el texto de Hebreos, porque introduce la letra “vav” antes de la primera palabra del versículo 2. La letra “vav” en esa posición usualmente se conoce entre los gramáticos hebreos como “la vav consecutiva” y se traduce como “y”. Denota una secuencia de eventos.

Opinan que el versículo 3 marca el inicio de nuestra creación presente, porque Moisés hizo una lista de la creación de los cielos y la tierra antes del “primer día” (v. 3) y en ese primer día Dios sólo creó la luz.

3. En las siguientes generaciones del hombre, las Escrituras siempre le atribuyen la carnalidad a Adán (y no a Eva). ¿Significa esto que la naturaleza pecaminosa se pasa de generación en generación sólo por la línea paterna? Esto explicaría por qué Jesús habría nacido sin pecado al no ser hijo de varón, sino sólo de una madre humana. El misterio sigue sin resolver.

4. Si uno intenta hacer algo tan absurdo como utilizar el órgano de la iglesia como automóvil, o viceversa, el punto queda evidenciado rápidamente. Incluso intentar utilizar una sierra para martillar, o un martillo para aserrar, sería muy frustrante. No es de extrañar que muchas personas sientan que la vida tiene poco sentido y es vacía. El ser humano no fue hecho para sí mismo, sino para Dios.

### *Capítulo 2*

1. Algunos creen que el trabajo es una maldición. Pero a Adán se le asignaron tareas antes de la Caída (Gn. 2:15, 19-20). El trabajo enaltece. Es un acto creativo. Es una de las actividades que Dios mismo realiza (Jn. 5:17). Sólo el trabajo de esclavos es una maldición.

2. Algunos afirman que si los santos del cielo no podrán pecar, se les robará su libertad. Pero la Biblia enseña que el período de prueba del ser humano termina con la muerte (Pr. 1:24-33, Ec. 11:3, Mt. 25:10, Lc. 16:26, Ap. 22:11). En la muerte, el carácter de la persona queda establecido ya sea en justicia o injusticia. Los santos, tras morir, serán establecidos en la justicia así como Dios lo es. (Véase “conservar irreprochable para la venida”, 1Ts. 5:23). ¿Y quién desea acusar a Dios por no ser libre?

### Capítulo 3

1. Algunos aducen que es posible que las personas se salven sin haber oído el evangelio y preguntan: “¿Si una persona puede ser salva sin que se le predique el evangelio—solamente por medio de la naturaleza, la razón y la conciencia—entonces, por qué invierte la iglesia tanto dinero y sangre vital para llevar el evangelio al mundo?” Hay varias respuestas a esa pregunta.

a. La primera respuesta la tenemos cuando pensamos: “¿Me habría salvado yo sin que me predicaran el evangelio?” Estoy seguro de que no, y que habría necesitado escuchar el evangelio varias veces para seguir siéndole fiel a Cristo.

b. La segunda respuesta es que muchas personas que no han escuchado el evangelio están tan enredadas en religiones e ideologías falsas que requieren el poderoso impulso de la predicación del evangelio inspirada por el Espíritu, para liberarse de la telaraña de confusión en la que Satanás las ha tenido enmarañadas.

c. En tercer lugar, Jesús les ordenó a Sus seguidores que llevaran el evangelio a todo el mundo (Mt. 28:19-20, Mc. 16:15, Lc. 24:46-49, Jn. 20:21, Hch. 1:8). Si ese mandamiento no es una prioridad en nuestra vida, ¿cómo nos podemos llamar cristianos? Los que hemos escuchado el mensaje del evangelio estamos en deuda con los jamás lo han hecho (Ro. 1:14).

Algunos dicen: “Jesús no nos mandó *a nosotros* a ir; fue a los apóstoles”. Los que comparten esta opinión no han leído bien lo que Jesús dice en Mateo 28:19-20, especialmente la frase “enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes”. Eso incluye a todos los cristianos.

2. Presentado en un periódico de Syracuse, Nueva York (*Records*, 27 de marzo, 1937, p. 43). *Records* es un diario personal (sin publicar).

### Capítulo 5

1. Se cuenta que durante la Guerra Civil, un hombre soltero de Illinois sintió compasión por una familia cuyo padre de familia había sido reclutado a servir en el ejército de la Unión, y por tanto se ofreció a ir en su lugar. La junta lo permitió y luego él murió en batalla.

Tiempo después, el mismo padre de familia recibió otra notificación para incorporarse al ejército. Pero él contestó que ya había estado en el ejército y que había muerto en la persona de su amigo y que la junta no tenía derecho legal de reclutarlo de nuevo. Su razonamiento fue aceptado y se le permitió quedarse con su familia honorablemente. Había muerto en su sustituto.

2. Parte de un discurso dado por el Dr. Harold Mason, en North Chili, Nueva York, en 1938.

### Capítulo 7

1. Supuestamente, estas dos damas, la Sra. Sarah A. Cooke y la Sra. Hawxhurst, eran metodistas libres.

### Capítulo 8

1. En el caso de los 120, Jesús esperó hasta que llegara la fiesta judía de Pentecostés por razones obvias: (1) Era el aniversario de la dación de la Ley en el Monte Sinaí. Con el bautismo del Espíritu Santo, Dios escribe la Ley en el corazón de los creyentes (Ez. 36:27). (2) Era la fiesta que celebraba los primeros frutos de la cosecha de trigo; el Espíritu Santo es el primer fruto de muchas bendiciones que seguirían (Ro. 8:23). (3) Habría una gran multitud de judíos de todos los países reunidos en Jerusalén para la ocasión. Sería una forma rápida de llevar el evangelio a muchas áreas del mundo.

### ***Capítulo 10***

1. La versión NVI inserta la palabra “malos” antes de “deseos” en Santiago 1:14. Eso le atribuye maldad a Jesús, quien fue “tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado” (Heb. 4:15).

### ***Apéndice B***

1. Clarke, Adam. *Commentary and Critical Notes*. Vol. 2, p. 796. Cincinnati: Applegate & Co., 1856.